MUNDO OLVIDADO

A. THORKENT

BOLSILIBROS BRUGUERA

SERIE

LA CONQUISTA DEL ESPACIO



A. THORKENT
MUNDO OLVIDADO

INTRODUCCIÓN

El elevado número existente de Mundos Olvidados dificultó grandemente la labor realizada por el Orden Estelar durante más de tres siglos. Muchos de estos Mundos Olvidados precisaban la ayuda urgente de la organización terrestre, pero era materialmente imposible acudir a todos.

Muchas eran las Unidades Exploradoras que el Orden enviaba a diversos puntos de la galaxia para iniciar los acercamientos, pero insuficientes a todas luces para evitar que en algunos planetas sumidos en el salvajismo se cometiesen desmanes, o que minorías esclavizasen a las masas ignorantes y se llevasen a cabo los crímenes más ignominiosos.

En varias ocasiones los miembros del Orden conocían de estos casos, pero se veían imposibilitados de actuar por estar así decretado por el Alto Mando, que por medio de los computadores elegía los planetas, antiguas colonias del Gran Imperio, que debían ser integrados en la civilización porque aportarían al bien común.

Los planetas que en aquella época mostraban escasas posibilidades de colaboración eran catalogados como prohibidos y relegados a un acercamiento posterior, cuando las circunstancias lo permitiesen.

(De HISTORIA DEL ORDEN ESTELAR, por K. L. Hokplins & NGun M-Sliop. Cuarta serie de Registros, Esfera número 876, líneas HD-9874 al HD-9895. Universidad de Amares III).

1

Lars Lappa se secó el sudor con el dorso de la mano y miró con marcado orgullo los campos de su propiedad, maduros para iniciar en ellos la recolección. Aquel año la cosecha se presentaba exuberante. Incluso después de abonar la parte que correspondería a los señores, le quedaría lo suficiente para pagar los albañiles que debían construirle la casita para Sirgudar y él.

Y le sobraría incluso para pagar un buen banquete con el que obsequiar a vecinos y amigos el día de la boda.

Al recordar a Sirgudar, sus ojos se entornaron. Pensando en la muchacha que pronto iba a ser su mujer, una sonrisa inconcreta floreció en sus labios.

Había trabajado duro durante años y peleado con los demás jóvenes del poblado que también pretendían a Sirgudar. Ahora todos sabían que Lars Lappa iba a ser su esposo y no la molestaban, temerosos de sus fuertes puños. Incluso se habían ofrecido a regalarles distintos objetos para el nuevo hogar. Era lo normal. Una vez que la muchacha se decidía por un varón, los demás aceptaban deportivamente la derrota y no quedaban rencores.

Sirgudar era la muchacha más hermosa del poblado. Y quienes acostumbraban a viajar por los demás pueblos de la comarca, aseguraban que en ninguno de ellos había una hembra como Sirgudar.

Todo aquello llenaba de orgullo a Lars, más incluso que la prometedora vista que ofrecían sus campos de trigo.

Alzó la mirada al cielo. Pronto anochecería. Sirgudar le había prometido que al atardecer iría a buscarle. Juntos regresarían al pueblo. Lars estaba invitado a cenar en casa de sus futuros suegros. Ella le traería sus ropas más lujosas para que él, despojándose de las raídas de campesino, ofreciese un buen aspecto.

Lars se arrimó a la vereda. Por ella se acercaban dos personas. Entornó los ojos y descubrió que una de ellas era Sirgudar. ¿Quién era la otra?

Hasta que no estuvieron a menos distancia, no supo que se trataba de Afanaiev, el edil. ¿Por qué acompañaba a Sirgudar?

—Saludos, Lars —dijo Afanaiev.

Lars, después de besar a su prometida, respondió:

—Saludos, edil. —Y con la mirada le interrogó acerca de su presencia allí.

—Venía de visitar a los Larsons cuando me encontré a Sirgudar. Me dijo que te traía ropas y decidí acompañarla —explicó.

El muchacho tomó de manos de Sirgudar el paquete con sus vestidos. Se retiró tras unos matorrales y al cabo de unos instantes regresó, vistiendo una túnica corta de color escarlata. Su casaca y faldellín de cuero los introdujo en un saco de lana, que se echó a la espalda.

Luego los tres, en silencio, reemprendieron el camino de regreso al poblado. Sirgudar sugirió:

—Edil, debías sentarte esta noche con nosotros a la mesa.

Afanaiev había cumplido hacía tiempo los cincuenta años. Aquella circunstancia impidió que Lars sintiese celos por la invitación formalizada por Sirgudar. Además, el edil era amigo de la familia de su novia.

El rostro de Afanaiev parecía preocupado. Lars apoyó las palabras de Sirgudar, deseando verle contento.

—Me gustaría poder conversar contigo en la sobremesa, edil. Hace tiempo que no cambiamos impresiones.

El edil se volvió para mirar al joven. Le conocía desde que era un rapazuelo que alborotaba junto con otros el poblado; él, como máxima autoridad, tenía que reprenderlo a menudo. Sinceramente apreciaba a Lars Lappa. Y le complacía que Sirgudar le hubiese elegido como esposo.

—De acuerdo. Desde que murió mi esposa apenas si gozo de una buena mesa.

—Tendremos carne a la brasa, filetes de pescado asados, frutas y buen vino, edil —informó Sirgudar sonriendo.

—El buen vino de tu padre, el que guarda sólo para los momentos importantes, querida Sirgudar, devolverá la sonrisa al

huraño rostro que hoy nos ofrece el edil —comentó, burlón, Lars.

Afanaiev se sintió sorprendido por las palabras de Lars.

—¿Notas sombrío mi rostro, muchacho?

—¿Y quién no lo notaría, edil? Parece el cielo que antecede a la tormenta.

—Tienes razón; se cierne la tormenta sobre nosotros.

Ya tenían a la vista el poblado. Lars detuvo al edil tomándole del brazo.

—¿Qué quieres decir? Desde que te vi noto en ti algo..., no sé, tal vez extraño.

El edil, dirigiéndose a Sirgudar, pidió:

—Tus padres no saben que tienen una boca más que alimentar esta noche. ¿Por qué no te adelantas y les adviertes?

Ella titubeó un instante. Lars le indicó en silencio que acatase las palabras del edil, que claramente deseaba quedarse a solas con él.

Cuando la muchacha se hubo alejado lo suficiente, el campesino, cruzando los brazos sobre su poderoso pecho, inquirió:

—¿Podré saber ahora qué pensamientos funestos rondan por tu mente, edil?

—Mañana pienso subir a la fortaleza.

Aquello impresionó a Lars.

—¿Vas a hablar con los señores?

—Eso deseo. Espero que me escuchen.

—Por tu condición de edil, lo deben hacer.

—No estés tan seguro. Tú nunca has visto a los señores de cerca. No sabes cómo son.

—Desde luego que no. Pero, ¿qué vas a decirles?

Afanaiev quedó en silencio unos segundos. Luego respondió:

—Los componentes de unas caravanas procedentes del norte vinieron a verme esta mañana. Me trajeron malas noticias.

Recuerdos vagos de la niñez acudieron a la mente de Lars. Y no eran nada agradables. Muerte, lucha, sangre y destrucción.

—Nada bueno proviene del norte —aseguró Lars.

—Exacto. Del norte sólo pueden llegar los mirdos. —La mirada del edil era taladrante cuando pronunció tales palabras.

—Y ellos traen consigo la muerte, el saqueo, la violación de nuestras mujeres —murmuró Lars.

—Sí. Por eso debo visitar mañana, a primera hora, a los señores.

—Según me contaba mi padre a la luz del hogar durante los inviernos, ellos prometieron que nunca más debíamos temer a los mirdos; que con su poder cedido por los dioses acabarían con las invasiones.

El edil suspiró.

—Yo también recuerdo esa promesa. Nos fue hecha hace unos veinte años, después de que los mirdos dejasen esta región arrasada como la palma de la mano. Los señores, una vez que regresaron de su estancia con los dioses, nos prometieron que se encargarían de los mirdos cuando volviesen a aparecer.

—Pareces dudar de que los señores cumplan su promesa.

—Es porque conozco a los señores, y cuando era tan joven como tú conocí a esos salvajes del norte. Pero, de todas formas, mañana iré a verles para recordarles su palabra.

Estaban al borde del poblado. Las sombras de la noche pronto caerían totalmente sobre él. Algunas personas salían de sus hogares para encender las linternas colocadas sobre la entrada. De las chimeneas salían olores a comida, a sopa hervida y a carne recién asada, a frutas confitadas con abundancia de azúcar.

El poblado, como todos los días, parecía estar sumido en su bucólica paz. Lars miró al edil, como si estuviese a punto de hacerle una pregunta. Afanaiev pareció adivinar cuál iba a ser ésta y explicó:

—Hice jurar a los hombres procedentes del norte que nada dijesen. Puede tratarse de una falsa alarma. A veces los mirdos descienden un poco, pero no se trata siempre de una invasión en todas las reglas.

Lars se mordió los labios.

—En los valles seríamos suficientes para enfrentarnos con los mirdos, si tuviésemos armas.

—Los señores prohiben que las tengamos —recordó el edil.

—Hace veinte años estábamos igual que ahora. Los señores se retiraron a las alturas, al cielo. A dialogar con los dioses, según dijeron al descender, y nada hicieron por ayudarnos. Mis padres se salvaron milagrosamente de la matanza o la esclavitud, pero cientos de hombres y mujeres fueron llevados al norte para servir de esclavos y concubinas a los mirdos. ¿Acaso el ciclo tiene que volver a repetirse?

—Los señores dijeron entonces que los dioses les prohibieron actuar. Esta vez pudiera ser distinto.

—Puede, puede. No permitiré, ya que no puedo luchar, que los mirdos hagan prisionera a Sirgudar, o que yo me convierta en su esclavo. Antes prefiero que los dos muramos. Si es cierto lo que dices, edil, me llevaré a Sirgudar a las montañas.

—No te precipites, Lars. Recuerda que no debes decir nada a nadie. Yo te lo prohibo.

—Pero...

—Júrame que nada dirás. Quizá pueda liberarte de tu juramento mañana, cuando regrese de hablar con los señores.

Lars tragó saliva y respondió:

—Te lo prometo.

Habían llegado ante la entrada de la morada de los padres de Sirgudar, quienes ya estaban esperándoles con la mejor de sus sonrisas. Tras ellos, Sirgudar, con flores en la cabeza y un precioso vestido verde y amarillo, le prometía con sus ojos a Lars un venturoso porvenir.

* * *

La cena resultó, como profetizara la muchacha, copiosa, magníficamente condimentada y regada con abundancia de añejo vino. Fieme, padre de Sirgudar, tenía fama en los valles por sus caldos.

En la sobremesa se despuntaron largos cigarros que el dueño de la casa entregó y que se brindó a encender con una astilla. La estancia se llenó de aromático humo mientras las mujeres comenzaron a trasladar la vajilla a la cocina.

—Hace unas horas estuve charlando con los hombres de la caravana que llegó hoy al poblado, edil —dijo Fieme—. Apenas si pudimos realizar transacciones, porque parecían tener muchos deseos de marcharse. Estaban nerviosos. Me di cuenta porque apenas regatearon —rió—. Obtuve buenos trueques. Me aseguraron que marcharían mañana a primera hora. ¿Por qué? Los mercaderes siempre permanecen con nosotros dos o tres días, ¿no es así?

El abundante y magnífico vino pareció hacer mella en la lengua del edil, que ante la sorpresa de Lars, dijo:

—Tan pronto perciben el humo, las ratas huyen del fuego.

Fieme se quitó el cigarro de los labios, mirando extrañado al

edil. Luego posó sus ojos en Lars, que se limitó a encogerse de hombros. No podía hablar porque temía romper su promesa hecha al edil.

Instantes después, Afanaiev roncaba, derrumbado pesadamente en el sillón de madera. El cigarro había resbalado de sus dedos y Fieme lo arrojó a las llamas de la chimenea. Luego, sentándose al lado de Lars, le dijo en voz baja:

—No he podido preguntarle al edil lo que quería, pero le he notado muy preocupado. Me parece que tendrá que dormir aquí esta noche.

Venciendo una pequeña lucha interior, Lars recomendó:

—Deberá despertarle mañana temprano y darle algo fuerte para que de su cabeza se disipen los vapores del alcohol. El edil tiene un trabajo urgente e importante que cumplir.

—¿Qué trabajo es ese?

—No lo sé —mintió Lars—. Sólo me dijo que debía entrevistarse con los señores temprano. Hasta la cima, donde está la Fortaleza de Plata, hay un buen trecho. Deberá salir al alba.

Fieme parecía preocupado, pero aseguró:

—Lo haré, desde luego; pero esto no me gusta nada.

Volvieron a fumar en silencio. En la cocina, las mujeres seguían limpiando los cacharros.

Lars pensó que pronto debería despedirse, después de ayudar a su futuro suegro a subir al edil a una de las habitaciones. Pensó si tendría ocasión de besar a Sirgudar. Pero ella ya se las apañaría para acompañarle hasta el exterior, para que pudiesen prodigarse en las caricias.

Hablaron de la cosecha de aquel año, que prometía ser buena. Luego tocaron el tema de la casita que Lars tenía en mente mandar a construir en las afueras del poblado, para cuando él y Sirgudar se casasen al llegar la primavera.

Por último, Lars se atrevió a preguntar a Fieme:

—Usted tendría pocos años más que yo la última vez que llegaron los mirdos. ¿Cómo eran?

Fieme miró la brasa de su cigarro y sonrió tristemente, diciendo:

—¿Crees que ahora estaría aquí, contigo, si me hubiese quedado para verles la cara? No, jovencito. Mi esposa y yo huimos. Y tuvimos suerte de que no nos atraparan. Ella ya por entonces estaba

encinta de Sirgudar y te aseguro que lo pasamos muy mal hasta que la salvaje tormenta mirda pasó y pudimos regresar.

»Lo que encontramos fue horrible. Estuvimos a punto de retirarnos, pero entonces empezaban a regresar los que tuvieron la misma suerte que nosotros y, ante la promesa de los señores, decidimos quedarnos.

—¿Se quedaron porque los señores prometieron que la próxima vez ellos destruirían a los mirdos?

—Así es. Parece ser que los mirdos se enteraron de las palabras de los señores, porque desde entonces no se acercan a los valles.

—¿Qué haría usted si volvieran?

Fieme se movió inquieto en su asiento.

—No me gusta que me preguntes eso, muchacho. Trae mala suerte. ¿Por qué pensar en tales cosas?

—Porque puede ocurrir, ¿no? Dígame qué haría si los mirdos franquearan el Desierto Amarillo.

El hombre se restregó las manos.

—No sé... Huiría como la vez anterior. Pero desecha esas ideas, Lars. Los mirdos no regresarán. Y, si lo hicieran, están los señores para castigarlos con el poder que les confiaron los dioses la última vez que llegaron hasta ellos para pedirles consejo. ¿Sabías que los dioses les prestaron sus rayos, lo mismo que vemos en las noches de tormenta, para que nos defendiesen de los mirdos o de cualquier otra amenaza?

Lars asintió.

—Eso dice la gente.

—Y debemos creer. Desde la cima, en su Fortaleza de Plata, los señores velan por nosotros. Podemos vivir confiados.

Lars sabía que el viejo Fieme era menos inteligente que el edil y, si con éste no se podía hablar de muchas cosas, menos podía hacerlo con aquél. Miró a Afanaiev. Seguía roncando, tal vez más profundamente que antes.

—Me marcho, Fieme. Si desea que le ayude a acostar al edil...

El hombre suspiró resignado, dando una última chupada a su cigarro antes de arrojarlo a la lumbre.

—Me sentí halagado cuando Sirgudar anunció que el edil nos honraría sentándose con nosotros a la mesa. Me habría gustado hablar con él de muchas cosas; pero te juro, Lars, que nunca le vi

beber con tanta ansia.

Lars se acercó al edil. Lo miró fijamente. Comprendía que hubiese bebido tanto. La máxima autoridad del poblado estaba demasiado preocupada y encontró en el vino un olvido a sus problemas. A la mañana siguiente se despertaría con profundo dolor de cabeza, que se incrementaría cuando recordase que tenía que subir hasta la cima, hasta la morada de los señores, siendo portador de malas noticias.

Mientras cargaba con el pesado cuerpo de Afanaiev, tomándolo por los sobacos mientras Fieme agarraba las piernas y subían las escaleras, se dijo que le gustaría estar junto con el edil cuando éste se enfrentase con los señores.

Pero aquello sería imposible. Excepto los ediles de los poblados, ningún habitante de los valles podía ver a los señores, representación viviente de los dioses que poblaban las alturas.

Antes de desaparecer por el recodo de la escalera, Lars vio a Sirgudar que aparecía en el comedor. La muchacha le sonrió. Sabía que él se marchaba y estaba preparándose para despedirle.

Por un momento, Lars se olvidó de todo: del cuerpo que cargaba, de los señores, de los mirdos y del aparente peligro que parecían correr, según los rumores traídos al poblado por los hombres de la caravana.

Todo su ser estaba concentrado en Sirgudar: en su cuerpo, en sus labios, que ansiaba volver a besar.

2

—Ésta ha sido una contrariedad que nosotros mismos nos hemos buscado.

Los demás oficiales se volvieron para mirar a su comandante. Todos estaban de acuerdo con aquellas palabras. No había existido la necesidad apremiante de detenerse en aquel lugar del espacio porque los detectores ultrasensibles captasen la presencia de una masa metálica flotando en el vacío.

Habían salido de la velocidad superlumínica y ahora se encontraban con problemas para volver a ella.

La masa metálica que llamó la atención de los servidores de detección resultó ser un viejo pecio de los tiempos del Gran Imperio en sus últimos siglos, pero resultó de un inmenso peligro para la seguridad del Hermes.

La capitana LeLoux, experta en historia, lo había advertido antes del inesperado ataque que sufrieron y que les averió el sistema de navegación superlumínica:

—Es una unidad automática. Llevará siglos navegando a la deriva. Los rebeldes de Betelgeuse construyeron miles de esas naves para combatir las flotas imperiales.

Apenas pronunciadas estas palabras, el Hermes vibró escandalosamente y la comandante Alice Cooper, tomando desesperadamente un micrófono, preguntó por los daños. Cuando la hubieron informado, se volvió hacia sus oficiales. Su rostro ensombrecido acompañó estas palabras:

—Nos han dado bien. No podemos huir de ese mecanismo automático. ¡Tiene gracia! Tenemos que luchar contra una reliquia si no queremos que nos liquide.

No era la primera vez que Adán Villagran veía a su jefa en acción, pero nunca recordaba que se hubiese comportado en forma

tan nerviosa. Como siempre, Alice pareció adivinar los pensamientos de Adán y explicó:

—Me irrita tener que combatir contra una unidad automática. Espero que esté lo suficientemente avejentada como para que no pueda disponer de todos sus elementos. Recuerdo haber leído algo respecto a esos juguetes creados por los rebeldes de Betelgeuse. ¿Me equivoco, LeLoux?

La capitana negó con la cabeza.

—No, comandante. Los de Betelgeuse estuvieron a punto de adelantar la caída del Gran Imperio un par de siglos. Casi ganaron la guerra. He leído bastante acerca de ese conflicto y creo que conozco lo suficiente esas unidades automáticas como para estar de acuerdo con usted en que sería una suerte que la unidad se encontrase mermada de facultades. De otra forma…

—¿Qué?

—Sin medios de volver al hiperespacio, nuestras posibilidades de vencer a la unidad automática apenas llegan al ochenta por ciento.

Alice torció el gesto.

—No me gusta depender de ese margen tan escaso. ¿Qué sugiere usted que le enviemos como regalo, LeLoux?

—Una docena de torpedos. Con eso será suficiente para destruirla.

Después de consultar los cronómetros del cuadro de mandos, LeLoux parecía sonreír.

—Parece que al final hemos tenido suerte.

—¿Por qué?

—Han pasado cinco minutos desde que fuimos atacados. Las unidades de Betelgeuse, a pleno rendimiento, pueden disparar diez concentraciones de luz sólida cada minuto. Recuerden que tienen que precisar de cierto tiempo, cuando no disponen de todos sus elementos, para producir nuevos medios de ataque en sus diminutas factorías automáticas.

Alice ordenó:

—Instalen pantalla energética.

Segundos después recibieron la información de que una nueva andanada de luz concentrada se había estrellado en la pantalla de energía. Esta vez el ataque no tuvo la menor consecuencia.

—Disparen torpedos —dijo Alice por el micrófono de órdenes.

Adán observó la pantalla gigante que dominaba el puente de mando. Habían aumentado la imagen lo suficiente para que la mole de acero que se les enfrentaba pareciese estar a menos de veinte kilómetros.

Del Hermes partieron diez estilizados proyectiles a infernal velocidad. Todos contuvieron la respiración durante los segundos que tardaron en alcanzar la vieja máquina de guerra.

El punto luminoso, que era el centro automático de defensa del desaparecido estado de Betelgeuse, se transformó en una esfera carmesí que en unos instantes se consumió en el espacio.

Alice suspiró aliviada.

—Ya está. —Se dirigió a Kelemen—: Ocúpese de que los daños sean reparados, capitán.

Kelemen asintió y bajó del palco que dominaba el puente de mando. La tensión había desaparecido.

—Por fortuna esa unidad automática estaba casi totalmente averiada, comandante —dijo LeLoux—. De otra forma, era probable que nos hubiera dado un serio disgusto cuando abandonamos el hiperespacio y, durante unos instantes, estuvimos con nuestras defensas descuidadas.

—Estoy de acuerdo con usted, LeLoux —asintió Alice—. Debió habernos seguido a velocidad superlumínica durante un buen rato. El cerebro electrónico que la guiaba esperó pacientemente a que saliésemos a velocidad normal para atacarnos. —Emitió una leve sonrisa—. No me extraña que el viejo Gran Imperio las pasase mal con esos rebeldes de Betelgeuse, hace unos siglos.

LeLoux dijo que debía inspeccionar algunas secciones del Hermes. Kelemen no podría ocuparse de todo. Alice dio su consentimiento y la oficial bajó del palco, quedando allí la comandante y el teniente Villagran solos.

Alice aguardaba el regreso de Kelemen con el informe de los daños sufridos. Pareció descubrir entonces a Adán. Simulando sorpresa por su presencia allí, haciéndole creer que le suponía en cualquier otro lugar, le dirigió una sonrisa amistosa.

Adán, desde que salieron del sistema de Redon y después de haber informado a Alice de sus propósitos de solicitar otro destino una vez que estuviesen de regreso en su base de Lira, apenas si

había cruzado con ella las palabras imprescindibles entre superior y subordinado.

Estaba seguro de que Alice conocía desde hacía tiempo, tal vez desde que estuvieron en Arat, su pasión por ella, su desesperado amor que su introvertida personalidad le impedía exteriorizar, porque no podía apartar de su mente la diferencia de graduación que, según su criterio, les separaba.

Alice Cooper era un encumbrado oficial del Orden Estelar, que acababa de apuntarse un notable éxito tras la estancia del Hermes en la República de Aratcelon. En cambio él, únicamente era un oficial menor a sus órdenes. Su ego, tal vez alimentado por atávicas costumbres, se resistía a admitir la superioridad de la hembra.

Adán había tomado la decisión de encaminar sus pasos por otros senderos de la vida militar dentro del Orden. Pretendía alcanzar los mismos honores que en la actualidad disfrutaba Alice. Quedándose a su lado nunca los conseguiría.

Sabía de otras zonas de la galaxia donde las unidades del Orden se enfrentaban a verdaderos peligros, donde se podía ascender en poco tiempo si se tenía la suerte de vivir un año o dos.

Alice, en más de una ocasión, le había querido demostrar que sus pensamientos eran exagerados. Pero Adán siempre había preferido no pensar en tal posibilidad y sí aferrarse a su idea de que, para pretender de ella algo más que una simple amistad, debía demostrar que podía alcanzar la misma posición que la muchacha disfrutaba.

—Me desagrada que, una vez en Lira, nos abandone, Adán.

Las palabras de Alice le sacaron de sus pensamientos. La miró. Ella parecía tener deseos de hablar, de aclarar las cosas. Y él temió ser débil, ceder a aquel impulso que algunas veces parecía dominarle y le gritaba que fuese más práctico, que el amor podía encontrarlo sencillamente, sin necesidad de arriesgarse a perder la vida luchando en sitios donde las bajas que sufría el Orden aumentaban día a día.

—Ya le he dicho que abandono el Hermes con gran pesar, comandante.

Ella se levantó y quedóse firme ante él. Dijo suavemente:

—La labor realizada por esta Unidad Exploradora en Redon ha sido magnífica. El trabajo de equipo fue eficiente. Así lo hago

constar en mi informe. El Alto Mando tendrá en cuenta su labor personal, teniente.

Adán sonrió torvamente.

—Sí. Es posible que a mí me den unas palmadas en la espalda; pero a usted le entregarán una medalla y la tendrán muy presente para un nuevo ascenso.

Alice movió la cabeza.

—Es usted terco. Su obsesión hará que se convierta en un suicida. No se detendrá ante nada por conseguir lo que ambiciona.

—Lo peor de todo es que no estoy seguro de poder conseguir lo que más deseo, comandante.

Los ojos de la mujer parecieron brillar con más intensidad. Adán empezó a temer y a desear al mismo tiempo que ella le preguntase qué era lo que él deseaba más ardientemente obtener.

Pero la llegada de Kelemen lo estropeó —o salvó— todo.

—Comandante —dijo el capitán—. Los técnicos aseguran que en veinticuatro horas tendrán listo el sistema de navegación superlumínica.

Alice frunció el ceño.

—Es una demora considerable —dijo—. ¿No pueden hacerlo antes?

Kelemen negó con la cabeza.

—No lo creo. Incluso puede ser que tarden algo más. Debemos agradecer que no haya habido víctimas.

—Sí, es cierto —Alice giró sobre sus talones para mirar la gran pantalla que les mostraba el espacio que les rodeaba y dijo—: Este sector de la galaxia está registrado como carente de datos, si no me equivoco. En la Tierra nada saben de los sistemas planetarios de aquí.

—Así es, comandante —dijo LeLoux entrando en el palco—. He buscado informes de esta zona porque supuse que estaríamos aquí algún tiempo, que quizá podamos aprovechar.

Todos se acercaron llenos de curiosidad a la capitana. LeLoux explicó:

—El Alto Mando del Orden tiene señalado este sector como prohibido a toda clase de acercamiento físico por carecer de datos suficientes. Algunos de sus planetas parecen haber estado habitados hace casi dos milenios, pues fueron colonizados en los comienzos de

la gran expansión galáctica. Los informes salvados después de la caída del Gran Imperio nada aclaran al respecto.

—¿A qué distancia de nosotros se encuentra el sistema planetario más cercano? —inquirió Kelemen.

—A unos ocho mil millones de kilómetros —replicó LeLoux.

Alice se rascó la barbilla, pensativa. Dijo:

—Bajo velocidad normal y mientras efectuamos reparaciones, podemos acercarnos a un par de centenares de millones de kilómetros de la estrella y enviar naves exploradoras monoplazas. El Orden nos agradecerá los datos que les llevemos.

—Los técnicos del observatorio ya están haciendo investigaciones para determinar qué planetas pueden ofrecer condiciones óptimas de habitabilidad, comandante —dijo, sonriente, LeLoux—. Pensé que usted decidiría algo semejante.

Alice dirigió una mirada complaciente a la mujer.

—No sé qué haría sin usted, capitana. Parece adivinar mis pensamientos. La felicito.

—Gracias. Los técnicos me han adelantado que son tres los planetas que parecen poseer condiciones tipo Tierra. Sobre todo, uno de ellos.

—En ese caso podemos enviar tres naves, una a cada planeta. Por supuesto, deberán estar de regreso antes de veinte horas y, por ningún motivo, tomar tierra en cualquiera de los tres planetas. Se limitarán a recoger los informes de costumbre y filmar los posibles núcleos habitados. —Alice dijo directamente a Kelemen—. ¿Podría ocuparse de elegir a los tres pilotos?

A Adán le iban a resultar demasiado largas las horas hasta que las averías estuviesen reparadas y se apresuró a decir:

—Solicito pilotar una de esas naves, comandante.

Alice ocultó una sonrisa que sus labios pugnaron por dibujar. Segundos antes, mientras hablaba, se dijo a sí misma que la reacción de Adán iba a ser aquélla.

—¿No tiene servicio durante las próximas veinticuatro horas, teniente?

—No, señor.

Pese a que sabía que sus palabras no iban a ser comprendidas por los capitanes Kelemen y LeLoux, Alice respondió:

—Autorización concedida, teniente. Parece que no está

dispuesto a esperar su incorporación a su nuevo destino para alcanzar honores. Le deseo suerte.

Adán prefirió no contestar, lo que desagradó a los otros. Tanto Kelemen como LeLoux habían esperado unas palabras suyas que aclarasen el significado de las de Alice.

3

En poco más de diez minutos, Adán podría iniciar la penetración en la atmósfera de aquel planeta exuberante de oxígeno con la navecilla que tripulaba en solitario. Mientras tanto, el Hermes, a unos mil millones de kilómetros de distancia, al otro lado de la estrella amarilla, reparaba las averías.

A él le había correspondido el segundo de los cinco planetas que componían el cortejo de aquel sol casi idéntico al que alumbraba la Tierra. Las otras dos naves se dedicaban a inspeccionar el tercero y cuarto, pero se dudaba de que en ellos existiese vida.

LeLoux no había obtenido dato alguno de los archivos respecto a que siglos atrás hubiesen sido colonizados. Pero, de todas formas, podían constituir buenos mundos para una futura emigración.

La pequeña nave que tripulaba Adán sólo admitía en su cabina una persona. El resto estaba dedicado al alojamiento de sensibles aparatos detectores, registros, analizadores y cámaras filmadoras. Tenía que limitarse a volar a unos diez mil kilómetros sobre la superficie del planeta. Los aparatos se encargarían de todo el trabajo.

Adán miró los cronómetros del tablero. Tenía aún cerca de diez horas para regresar al Hermes. Calculó que con sólo cuatro abarcaría toda la superficie del planeta si mantenía una velocidad, dentro de la atmósfera, de diez veces la del sonido.

Los indicadores le anunciaron que debía iniciar el descenso. Tomó la palanca, y en ese momento notó una ligera vibración sobre el fuselaje, como si algún objeto metálico se hubiese posado en él suavemente, pero con firmeza.

Arrugó el ceño. Estaba apenas a cinco minutos de comenzar el descenso y debía antes averiguar de qué se trataba. Podía tratarse de algo peligroso.

Pero la carlinga no le permitía verlo. Sacó la larga antena coronada por el objetivo visor y encendió la pequeña pantalla que tenía frente a él. Durante los primeros segundos no vio nada. Hizo girar el objetivo y entonces la sangre se le heló en las venas.

A babor, muy cerca de los tubos propulsores, una semiesfera parecía estar adherida como una ventosa al fuselaje.

Un sudor frío, pese al perfecto acondicionamiento de la carlinga, inundó la frente de Adán. Sabía de qué se trataba aquello. La unidad automática de Betelgeuse, incluso después de ser acabada, seguía sembrando la destrucción.

Se trataba de un pequeño dispositivo que, quizá segundos antes de que la alcanzasen los proyectiles del Hermes, había lanzado al espacio. Estaba dotada de un fuerte explosivo de tiempo. Con toda seguridad se aproximaba al Hermes cuando él salió de allí con su pequeña nave y la gravedad de ésta atrapó la media esfera.

Durante millones de kilómetros la media esfera lo estuvo siguiendo. Cuando Adán redujo la velocidad, el mortal dispositivo pudo alcanzarlo y adherirse al fuselaje. Ahora sólo era cuestión de tiempo que el mecanismo automático decidiese explotar. Lo mismo podía ocurrir dentro de un segundo que en unas horas.

Nerviosamente, mientras la pequeña nave iniciaba el descenso, Adán estableció contacto con el Hermes. El capitán Kelemen fue quien le escuchó relatar la situación en que se hallaba.

—¿Cuánto tardará en descender en el planeta, teniente? —preguntó Kelemen.

—Unos veinte minutos —respondió Adán, sin dejar de mirar por la pantalla el oscuro metal de la media esfera.

—Tome contacto con la superficie, salga del aparato e intente desconectarlo. No existe otra solución. Regresar al Hermes le llevará unas horas. No sabemos a qué tiempo está dispuesto ese dispositivo para que haga explosión.

Adán masculló algunas palabras y respondió:

—De acuerdo. Confiemos en que nada ocurra mientras tanto. Pero ¿cómo haré para librarme de él?

LeLoux tomó el lugar de Kelemen y dijo:

—En la cúspide encontrará una ranura que deberá presionar. Entonces se abrirá automáticamente un segmento de la media esfera. Le mostrará el mecanismo de tiempo. Si encuentra un tubo

de color verde o azul, no dude en arrancarlo con sus propias manos. Pero si lo ve rojo, no espere para salir corriendo y alejarse de la nave cuanto pueda, pues la explosión no tardará en producirse.

—Espero que den pronto conmigo. Tengo oxígeno en mi traje sólo para seis horas —graznó Adán.

—No se preocupe, Villagran. —Era la voz de Alice, y Adán sintió una pequeña satisfacción porque ella se preocupaba por su suerte en persona—. Seguiremos su rastro y no tardaremos en localizarle. No se preocupe por la nave. Lo importante es usted.

Olvidando su peligrosa situación, Adán respondió:

—Gracias, comandante, pero confío en volver al Hermes con la nave intacta.

—De todas formas, teniente —era de nuevo la voz de LeLoux—, olvídese del oxígeno. El planeta donde aterrizará parece disponer de una atmósfera tipo Tierra.

—Vaya, soy un tipo afortunado —ironizó Adán—. Les llamaré más tarde.

La pequeña nave entraba en la atmósfera. Adán no disminuyó en nada la velocidad, confiando en que el fuselaje le protegiese contra la fricción. No quería perder tiempo, ni un solo segundo que pudiera serle vital después.

Penetró en una zona nubosa, que pronto dejó atrás para sobrevolar sobre un océano azul. Sus ojos buscaron desesperadamente tierra. Así transcurrieron cerca de diez minutos, mientras que la nave seguía perdiendo altura. De improviso, una línea oscura surgió en el horizonte y Adán aumentó la velocidad de la nave.

Pasó raudo sobre unos enormes acantilados, y una densa selva comenzó a discurrir debajo de él. Luego rocas, más selva, unos ríos, lagos y, por fin, observó unos claros.

Con incontenible furia apretó los dispositivos de aterrizaje vertical. Había elegido el sitio para descender. Sus ojos solamente veían un gran espacio libre de obstáculos. Nada más.

No vio a los seres humanos que, llenos de miedo, levantaban la mirada para observar aquel extraño pájaro plateado que descendía aullando y soltando fuego de sus entrañas.

* * *

Aún no se había disipado el humo cuando Adán, de un golpe,

abrió la carlinga y saltó al suelo. Corrió hasta donde estaba adherido el artilugio al fuselaje y su mano buscó nerviosamente la hendidura, que al encontrar apretó.

Como le anunciara LeLoux, una porción se abrió. El complicado mecanismo se ofreció a los ojos de Adán. En seguida encontró el cilindro, que mostraba un color anaranjado. Aún no era rojo, pero tampoco el verde o azul que le podía indicar seguridad. ¿Qué podía hacer?

No quedaba tiempo para meditar; solamente para decidirse por una cosa u otra.

Resueltamente, Adán sujetó el cilindro y tiró de él.

Nada ocurrió.

Como algo inservible, la media esfera se desprendió del fuselaje y cayó al suelo. Adán suspiró aliviado, libre de la tensión que durante los últimos veinte minutos le había atormentado.

Solamente entonces tuvo noción de lo que le rodeaba. En su precipitación por salir de la carlinga no había bajado la visera de su casco. Por lo tanto, estaba respirando el aire del planeta.

No tenía necesidad de comprobar las lecturas de la nave para saber si era bueno o no. Sus pulmones respiraban perfectamente. Si su corazón tenía un ritmo más apresurado de lo normal, era debido a la tensión padecida, y no a otra causa.

Se terminó de quitar el casco y miró a su alrededor. Podía decir que estaba en la Tierra. No encontraba la menor diferencia. El sol estaba en el cénit y calentaba bastante, aunque corriese una ligera y fresca brisa.

Algunos árboles a su derecha indicaban el comienzo de un bosque que más adelante se espesaba. Por los demás sitios, veía algunas rocas y matorrales. Giró sobre sus talones y llegó a la conclusión de que se encontraba en un fértil valle. El horizonte lo cerraba un macizo montañoso, de cúspides nevadas.

Adán recordó que aquel planeta estaba prohibido, pero había llegado allí a causa de una emergencia. Su deber era ahora informar al Hermes. Desde la nave nodriza, sin duda alguna, le ordenarían el inmediato regreso.

Ya que estaba allí, pensó, no debía desaprovechar la ocasión de recorrer un poco los alrededores. Sólo perdería unos minutos. Luego regresaría a la pequeña nave, indicaría que todo estaba bien y

retornaría al Hermes, cuando concluyera su inspección desde diez mil metros de altura.

Pero la innata curiosidad de Adán no le impedía seguir siendo prudente. Ascendió hasta la carlinga y de un compartimento sacó un cinturón que se ciñó a la cintura, del que pendía una pistola de energía. Comprobó la carga del arma, que aparecía completa, y empezó a caminar en dirección contraria del bosque, hacia donde el terreno comenzaba un suave declive. Tal vez desde allí pudiese observar la totalidad del valle.

Anduvo con todos sus sentidos despiertos, teniendo presente que siempre podía existir alguna alimaña salvaje dispuesta a saltar sobre él.

Su sentido del peligro le avisó de que algo se había movido, aunque ligeramente, a su derecha. Sin dejar de caminar movió un poco la cabeza y aún pudo ver cómo las ramas de un matorral terminaban de agitarse. Entonces lo que tras ellas se había ocultado, al sentirse descubierto, echó a correr.

Adán comprobó que se trataba de un ser bípedo, un humano aparentemente, y vestido incluso.

No dudó en correr él también y pronto volvió a tener al fugitivo al alcance de sus ojos. Rápidamente se percató de que la persona era una mujer. Muy ágil, por cierto: sorteaba los obstáculos de una forma sorprendente. Adán tuvo que emplearse a fondo para ir ganando terreno.

Por dos veces Adán extendió su mano para alcanzar a la mujer, llegando a rozarla. Ella se agitó convulsa y gritó:

—¡Lars, Lars!

El grito sorprendió un tanto a Adán, y perdió algo de terreno. Enfadado consigo mismo, hizo un nuevo esfuerzo y, calculando la distancia, saltó sobre la mujer.

Ambos rodaron por el suelo. Adán no pretendía lastimarla, pero ella gritó de dolor cuando, por unos segundos, su cuerpo estuvo aprisionado por el de él. En seguida se incorporó y la ayudó a levantarse. Se preguntaba si ella entendería su idioma.

—No tengas miedo, muchacha —dijo Adán.

Sabía que era difícil que la mujer, aunque fuese una descendiente de la Primera Era, hablase el idioma más común en la galaxia. Deseó que ella dijese algo para averiguar si el lenguaje que

empleaba era por él conocido.

Pero un gran terror se había apoderado de la muchacha, y si Adán no la hubiese tenido agarrada por la muñeca, de nuevo hubiera echado a correr. No podía, al parecer, articular palabra. Sus ojos miraban llenos de miedo al terrestre, como si esperase lo peor de él.

Adán le sonrió. Una sonrisa amistosa es siempre un gesto de paz en cualquier parte del Universo. Pero el traje negro del terrestre, brillante en plata, seguía sin inspirar la menor confianza en la muchacha, que al fin, sobreponiéndose a su miedo, gritó:

—¡Socorro, Lars! ¡Estoy aquí! ¡Son los mirdos!

Adán no tardó mucho en comprender que la muchacha hablaba el idioma que siglos atrás se usó en la región de Cástor y Pólux. El paso del tiempo no lo había adulterado demasiado y él podía hablarlo. Acentuando su sonrisa, dijo:

—No temas. No voy a hacerte ningún daño. ¿Estabas observándome? Si corrí tras de ti fue porque quería saludarte y hacerte unos regalos. Me marcharé en seguida. ¿A quién llamas?

Por toda respuesta, Adán sintió que un brazo de hierro le rodeaba el cuello y una voz a sus espaldas decía a la muchacha:

—¡Huye, Sirgudar, huye! Yo mataré a este asqueroso mirdo.

Adán apenas tuvo tiempo de volverse para detener el brazo del hombre que bajaba velozmente, empuñando un agudo cuchillo, sobre su garganta. La punta del acero se detuvo, vacilante, a unos milímetros de la yugular de Adán.

El terrestre pudo observar, mientras impedía que el cuchillo le abriese la garganta, el rostro del hombre que al parecer había surgido en ayuda de la llamada Sirgudar. Era joven, de tez bronceada y en sus ojos podía leerse un inmenso odio contra él.

Era fuerte, pero poseedor de una musculatura no controlada. Adán tal vez no lo fuese tanto, pero sí disponía de una técnica de lucha mucho más avanzada que la del nativo. Con un par de estudiados movimientos se libró de él, le arrebató el cuchillo y en unos segundos lo tuvo en el suelo. Rápidamente le puso su pie derecho sobre el pecho, apretándole con la fuerza suficiente para impedirle moverse pero no lastimarle demasiado.

Desde el suelo, el hombre sollozó a la muchacha:

—Te dije que huyeras, Sirgudar... Te lo dije...

Adán miró a la muchacha. Ella luchaba contra su deseo natural de ponerse a salvo y querer ayudar al hombre tendido en el suelo a merced del desconocido ser vestido de negro y plata.

El terrestre comprendió que se encontraba en medio de una situación típica. El hombre civilizado se enfrentaba por primera vez con los nativos sumidos en la ignorancia que le suponían su enemigo. Debía de convencerlos que nada malo debían esperar de él.

Levantó el pie del hombre, tomo el cuchillo caído por la hoja y se lo tendió lentamente a su propietario, diciendo al mismo tiempo, para terminar de ahuyentar cualquier resto de animosidad en el nativo:

—Os repito que no soy vuestro enemigo. ¿Por qué iba a serlo si nunca os había visto antes?

Sirgudar se acercó al hombre, que miraba alternativamente al terrestre y su cuchillo, como si dudase de lo que sus ojos estaban viendo y en las palabras de paz que le había dirigido.

—¿Estás bien, Lars? —le preguntó, trémula, la muchacha.

Adán comprendió que el hombre se llamaba Lars. Sabiendo que era el momento de utilizar toda su diplomacia para terminar de disipar las últimas dudas en los nativos, dijo:

—Lars está perfectamente, hermosa Sirgudar. He podido matarle, pero no lo he hecho porque no soy vuestro enemigo.

Lars tomó el cuchillo y lo guardó entre la camisa y el cinturón. Su ceño todavía estaba fruncido cuando preguntó:

—¿Quién eres tú? No perteneces a este valle ni, por tus vestiduras, eres de cualquier otro cercano. Si no eres un mirdo, ¿qué eres?

—Ignoro lo que es un mirdo. ¿No podéis creerme si os aseguro que me gustaría ser vuestro amigo?

—¿Amigo nuestro? —inquirió Lars, cada vez más sorprendido—. ¿De dónde vienes que ignoras quiénes son los mirdos, por cuya causa tenemos que huir?

—¿Huis de los mirdos? —Adán pensó que aquello se estaba poniendo interesante. Lástima que tuviese que abandonar el planeta de inmediato—. ¿Por qué?

Fue Sirgudar la que respondió:

—Los mirdos traen la muerte que impera en el norte. Vienen a

robar, a esclavizar a los hombres jóvenes, a violar a las mujeres, a matar a los viejos, a incendiar, a…

—Nos hemos rezagado del grupo que huía del valle —añadió Lars—. Sirgudar se perdió y yo me volví para buscarla. Nadie me quiso ayudar, porque todos tienen miedo Y no les culpo. Los mirdos deben estar furiosos porque apenas encontrarán gente en este valle.

Adán entornó los ojos. Al parecer los llamados mirdos eran gente temible, dedicada al saqueo. Sonrió y dijo:

—Me gustaría enterarme de todo, pero no tengo más remedio que marcharme. —Miró a Sirgudar y agregó—: Sí, en ese extraño aparato en que viste llegar y del que salí, muchacha. Me gustaría hacer algo por vosotros; pero me es imposible. Yo…

El terrestre vio cómo los nativos palidecían, y miraban a la derecha. Entonces oyó Adán que de allí procedían unos extraños ruidos, como si hierros golpeasen el suelo secamente.

—Los mirdos —musitó Sirgudar.

Y Lars sacó de nuevo su cuchillo, colocándose delante de la muchacha. Los ruidos se hicieron más fuertes y Adán, precavidamente, acercó su mano a la pistola.

Era la primera vez que estaba en un Mundo Olvidado en pleno retroceso tecnológico. Su última estancia, en la República de Aratcelon, había constituido una sorpresa para todos los miembros del Orden Estelar al descubrir en el sistema planetario de Redon una comunidad que disfrutaba de una civilización notable. En este planeta sucedía todo lo contrario: sus habitantes, olvidados de la tutela terrestre, vivían en lo que correspondía a la Edad Media de la Tierra.

Así pues, preparó su mente para la pronta aparición de los temibles mirdos.

Extraños animales surgieron de la espesura. Eran de tenebroso aspecto. Pero, sobre todo, quienes más pavor infundían eran sus jinetes.

Adán oyó a Sirgudar gritar de terror ante la presencia de los mirdos.

4

Adán conocía lo que era un caballo; pero las monturas de los mirdos era una burda parodia de ellos. Aunque de tamaño y hechura parecidos, aquellos extraños corceles estaban recubiertos de una áspera piel escamosa. Su cabeza, grande, terminaba en una cornamenta semejante a la del ciervo. Los ojos parecían rebosar de sangre.

Los jinetes se cubrían la cabeza con una especie de casco en forma de máscara. Ocultaban el rostro tras unos dibujos llenos de odio y muerte, de colores vivos. Plumas y pelajes de animal partían del casco y caían por los hombros.

Las armas de los mirdos equivalían a las que usaron los guerreros terrestres un milenio antes que comenzasen los viajes por el espacio. Espadas de ancha hoja, puñales, rompecabezas, arcos, flechas y carcaj portaban sus cuerpos, mientras que la mano que no sujetaba las bridas agarraba una lanza de aguda punta, adornada con trozos de tela de colores.

Los invasores del norte debieron ver primero a los nativos e irrumpieron decididos en el claro, dispuestos a hacer prisioneros o a matar. Luego, ante la presencia del terrestre, hicieron que sus caballos con envoltura de reptil se detuviesen en seco.

Adán comprendió que estaban confundidos con él, quizá por su porte decidido y sus ropas.

Los mirdos eran más de una docena. Uno de ellos llevaba una larga capa escarlata; debía ser el jefe del grupo. Adán, interponiéndose entre los guerreros y la pareja de nativos, dijo:

—Yo también soy un guerrero como vosotros, mirdos; pero vengo en son de paz. Mas lucharé y os mataré a todos si cometéis la locura de atacarnos.

El terrestre sintió sobre sí las miradas incrédulas de los dos

nativos y la de estupor de los mirdos. Aquellos guerreros debían estar acostumbrados a que sus enemigos huyesen ante su presencia. ¿Quién era aquel extraño hombre vestido de negro y plata que osaba enfrentárseles?

Adán terminó de sacar su pistola energética y la dispuso para disparar con toda su intensidad. La distancia que le separaba de los mirdos era suficiente para abatir a un buen número de ellos antes que pudiesen acercársele lo suficiente para herirle con sus lanzas.

Los mirdos debieron pensar que poco peligro podía ofrecer un hombre que nada más sostenía entre sus manos una ridicula maza de metal. Al nativo apenas sí lo tuvieron en cuenta. El cuchillo que blandía caería pronto al suelo, cuando su dueño fuese atravesado por el primer lanzazo.

El hombre que mandaba el grupo lanzó un alarido de guerra y fue el primero en espolear su horrible caballo, que emitió un graznido parecido al de un pájaro de rapiña. Los demás guerreros siguieron a su jefe, bajando sus lanzas y gritando también. Sirgudar chilló, y Lars la apartó de su lado dispuesto a defenderla.

Adán se limitó a levantar su pistola y apretar el disparador.

Una cortina de fuego se levantó ante los guerreros mirdos. Hombres y caballos parecían haber chocado contra una barrera infranqueable, cayendo los que iban en vanguardia en confuso montón de carne quemada y ropas llameantes.

—¡Huid de aquí! —gritó Adán a la pareja, al tiempo que él retrocedía para buscar una posición más ventajosa ante un nuevo ataque.

El terrestre tuvo que empujar a Sirgudar y Lars, pues ambos se habían quedado paralizados ante el efecto destructor de la pistola. Al cabo, los dos jóvenes pudieron reaccionar y salir corriendo.

Adán volvió su atención a los mirdos. Éstos podían ser salvajes, sanguinarios y muchas más cosas, pero no tenían nada de cobardes. Pese a que cinco de sus compañeros, junto con las monturas, yacían en el suelo medio carbonizados, los restantes volvían a la carga, acompañados por sus gritos de guerra.

Aquella situación desagradaba enormemente a Adán. Era casi un asesinato acabar con aquellos hombres con la pistola. Pero no tenía otro remedio que hacerlo si no quería caer atravesado por las afiladas lanzas. Se trataba de su vida, y no existía entonces la menor

duda de que antes de morir debía matar.

De nuevo su arma funcionó, describiendo un arco que construyó otro muro de fuego destructor ante el cual los mirdos se estrellaron.

Pero uno de los guerreros, el más rezagado, dando un amplio rodeo y espoleando su montura, se situó casi detrás de Adán. Cuando éste se dio cuenta del peligro que corría, apenas si tuvo tiempo de saltar. La lanza pasó lamiendo su pecho, rayando el metalizado traje negro.

El único superviviente mirdo volvió grupas y se lanzó a una nueva carga.

Adán levantó el brazo derecho y disparó. El dardo de fuego concentrado convirtió la cabeza del mirdo en una bola de fuego, que ardió por unos segundos. Luego, el cuerpo decapitado resbaló del caballo, que emprendió un enloquecido galope.

Comprobó que no quedaban enemigos antes de guardar la pistola. Echó una mirada hacia el lugar por el que habían desaparecido los dos jóvenes nativos. Deseó que estuviesen a salvo pronto junto con los suyos.

Él debía regresar al espacio, al Hermes. Podía evitarse la tarea de sobrevolar el planeta recogiendo más datos. Personalmente, había obtenido los suficientes. Ya conocía lo bastante del planeta como para poder dar un informe completísimo.

* * *

Mientras caminaba para volver a su pequeña nave de inspección, Adán pensaba que aquel planeta precisaba la rápida intervención del Orden. Lástima que estuviese catalogado entre los prohibidos. Pasarían muchos años antes que recibiese la ayuda de la Tierra, de su cultura.

El Orden Estelar tenía ante sí centenares de Mundos Olvidados donde su presencia se hacía necesaria. No podía socorrer a todos los planetas de la galaxia donde supervivieran restos de colonizadores de la Primera Era. Mas el informe que la comandante Alice Cooper emitiría al Alto Mando podía ser vital para que éste considerase la necesidad de iniciar un Acercamiento en aquel planeta, donde la guerra, el pillaje y el desorden parecían imperar. Aunque no fuese inmediata, la ayuda podía adelantarse muchos años.

Minutos después, cuando Adán llegó al claro donde dejara su pequeña nave plateada, se llevó una sorpresa al verla rodeada de

guerreros mirdos. Varios de ellos habían subido y uno, ante la alarma de Adán, golpeaba con un pesado mazo el salpicadero.

El terrestre, lleno de ira, corrió hacia la navecilla, desenfundando al mismo tiempo la pistola y gritando para que los mirdos cesasen en su obra destructora.

Los guerreros giraron la cabeza y empezaron a desenvainar las espadas de ancha hoja.

Adán esquivó un mandoble y disparó. El desdichado se dobló en dos, y cayó al suelo aullando de dolor mientras se llevaba las manos al achicharrado vientre.

Aún tuvo Adán que poner fuera de combate a dos mirdos más antes que el resto, lleno de miedo, huyese hacia el bosque, sin preocuparse de montar en sus caballos que a unos metros habían dejado.

Adán saltó dentro de la carlinga y palideció al comprobar el alcance de los daños ocasionados. Todos los mandos necesarios para la navegación por el espacio estaban destruidos, así como los medios de comunicación.

La nave podría navegar aún, pero sin indicadores automáticos constituiría una locura alejarse del planeta e intentar localizar al Hermes. Tenía que quedarse allí, esperando que sus compañeros le localizasen. Lo peor de todo era que no sabían si él había logrado desconectar a tiempo la bomba procedente de la unidad automática de Betelgeuse.

En realidad, lo que le estaba sucediendo se debía a su imprudencia. Debió conectar la pantalla protectora antes de echar a correr detrás de la muchacha llamada Sirgudar. De haberlo hecho, los guerreros mirdos nunca hubiesen logrado averiar la nave. Por el contrario, las descargas eléctricas les habrían escarmentado.

Sacó de un compartimento de la cabina un paquete con vituallas y algunas medicinas que se echó al hombro. Luego encendió el señalador magnético que ayudaría en su localización a quienes le buscasen. También conectó el campo protector y empezó a alejarse de allí.

Su nave estaba segura. Nada ni nadie podría hacerle ya más daño del que le habían ocasionado. Pero atraería más guerreros enemigos, y Adán no pensaba pasarse lo que le restaba de estancia en el planeta matándolos... o temiendo que alguna atávica arma

blanca le alcanzase.

Volvió a recorrer el mismo camino. Pronto pasó por donde poco antes fuera atacado por la patrulla de mirdos. El lugar apestaba a carne quemada, por lo que apresuró el paso.

El terreno ascendía. Adán presumía que siguiendo aquella dirección pronto alcanzaría a la pareja de nativos fugitiva de los invasores. Aprovecharía las horas que debía estar en el planeta para terminar de completar su informe. Sentía curiosidad por enterarse de muchas cosas que le intrigaban.

Encontró el rastro de los dos jóvenes cuando alcanzó una cierta elevación en el terreno que le permitió inspeccionar el valle que tenía a sus pies. Allá abajo descubrió varias columnas de humo. Indudablemente, los mirdos proseguían con su labor de saqueo y destrucción.

Movió la cabeza, intentando comprender los motivos que habían llevado a los antiguos colonos de aquel planeta a olvidar la técnica de sus antepasados y luego destruirse entre sí utilizando atávicos medios de muerte. Pero aquello era una cuestión que debían resolver los psicólogos. Su intención ahora era encontrar a los fugitivos habitantes del valle y enterarse de quiénes eran los mirdos y de dónde procedían.

* * *

Alice había permanecido horas junto a los técnicos de comunicaciones esperando la llamada de Adán. Su preocupación había ido en aumento a medida que transcurría el tiempo. Las otras dos naves que marcharon a los planetas restantes señalados por los astrónomos regresaron portando noticias de escaso interés. Los mundos que exploraron eran inhabitables.

Solamente el que había ido a inspeccionar Adán parecía ofrecer buenas condiciones de habitabilidad. Pero él no daba señales de vida. Pronto las averías del Hermes estarían reparadas y ella debería tomar una decisión.

De pronto, uno de los técnicos se volvió y anunció:

—Del planeta se percibe una débil señal magnética, comandante.

—Localice el lugar para enviar naves de rescate.

El hombre movió la cabeza con pesimismo.

—Es demasiado débil. Apenas si puedo reducir el área a unos

cincuenta mil kilómetros cuadrados. Y temo equivocarme.

Alice masculló:

—Nos llevará horas, tal vez días localizar al teniente. —A su lado, el capitán Kelemen esperaba instrucciones—. Disponga diez naves de salvamento, capitán. Que rastreen el área localizada a suficiente altura como para no asustar a los nativos, si los hubiera. Ya conoce las reglas ante los Mundos Prohibidos. Debemos evitar señalar nuestra existencia, a no ser que los motivos sean muy poderosos.

—Recuerdo eso perfectamente, comandante —respondió Kelemen, mientras pensaba que nunca había visto a su superior perder tanto el control de sus nervios—. Ojalá no sea todo en vano.

—¿Por qué dice eso? —espetó Alice—. El teniente ha debido tener tiempo de anular la media esfera adherida al fuselaje de su nave. De otra forma no habría sonado la señal magnética.

—Es cierto; pero estaba pensando que todo planeta encierra un cúmulo de peligros ignorados.

Alice se volvió para mirar furiosa al capitán, diciendo:

—Pues dése prisa, que salgan cuanto antes las naves de salvamento. Estamos perdiendo demasiado tiempo.

* * *

Lars había dicho a Adán que su pueblo huía a las montañas para buscar en ellas salvación del terror mirdo. Hacia allí se dirigió el terrestre.

O sus presentimientos le sirvieron, o tuvo la gran suerte de encontrarse al anochecer con un campamento de fugitivos. No eran muy numerosos, pero cometían la imprudencia de encender fuego para preparar los alimentos y calentarse del frío nocturno. Si él los había podido localizar por el resplandor, los mirdos también podían servirse de tal indicio para sorprenderlos.

Adán penetró decidido en el campamento. Los aldeanos se limitaron a levantar la mirada de sus cuencos de comida y observarle. Entonces el terrestre descubrió a Lars, que acudió a él sonriente y con las manos extendidas. El muchacho había debido contar a sus compañeros que el hombre vestido de negro era un amigo y le había salvado a él y a Sirgudar de los mirdos.

No había miedo en los rostros de los fugitivos, pero sí un profundo respeto hacia el terrestre, casi veneración. Adán temió que

incluso llegasen a arrodillarse ante su presencia. Estrechó las manos a Lars y le sonrió. Al fondo de las hogueras vio a Sirgudar, hermosa y serena. También ella le dirigió una mirada de agradecimiento.

Lars, volviéndose a sus compañeros de huida, les dijo:

—No temáis nada de este hombre. Gracias a él, como ya os dije, Sirgudar y yo pudimos huir de los mirdos.

Un personaje se adelantó de los demás, diciendo:

—Si no es un señor ni un dios, ¿qué es? ¿Cómo es que se atreve a enfrentarse con los mirdos? No veo que esté armado...

El muchacho dijo a Adán, señalando al hombre que había hablado:

—Es Afanaiev, el edil de nuestro poblado. Le conté, como a los demás, cómo mataste a los mirdos; pero nadie me cree.

Adán miró curioso al edil.

—El poder de matar a distancia sólo pertenece a los dioses —escupió Afanaiev—. Y ellos únicamente pueden transferirlo a los señores. Tú no eres un señor, hombre de negro, ¿no es así?

—Cierto. Ni dios ni señor soy —replicó Adán, consciente que debía adaptar su lenguaje al corto entendimiento de aquella gente si no quería confundirla aún más—. Pero procedo de un lugar donde los hombres poseen igual poder al mío... y ninguno es un dios.

El edil se acercó a Adán, fijándose en su arma enfundada. Señalándola, dijo:

—Ésta debe ser la pequeña máquina que dijo Lars usaste para quemar a los mirdos, si no nos mintió.

—Lars no mintió. Con ella puedo matar a quien desee.

Lars estaba un tanto sofocado. Adán no comprendía la terrible irritación del edil. El muchacho, deseando disminuir la tensión que parecía ir en aumento, dijo al terrestre:

—Siéntate con los padres de Sirgudar, con ella y conmigo, hombre a quien debo la vida. Tenemos carne recién asada y algo de vino que mi futuro suegro pudo traer.

Adán se dejó conducir por Lars hasta una pequeña hoguera, donde una pareja madura vigilaba el asado de unos trozos de carne atravesados por una varilla de hierro. Ambos se levantaron y saludaron al recién llegado.

El terrestre aceptó el vino servido en un cuenco, pero rechazó la carne. De su bolsa de emergencia sacó unas tabletas que engulló

rápidamente.

Notó, por el rabillo del ojo, que el enfurecido edil se había acercado hasta pocos metros de la hoguera y se sentaba sin dejar de mirarle.

—Nuestra hija nos lo contó todo, hombre de negro —dijo Fieme, llenando de nuevo el cuenco vacío de Adán—. Te agradecemos que la hayas salvado, junto con Lars Lappa, de caer en las garras de los mirdos.

—Llamadme Adán, por favor —pidió el terrestre—. No tiene ninguna importancia lo que hice por vuestra hija y Lars, amigo. Pero os agradecería que me contarais qué es lo que pasa aquí.

Los nativos se miraron entre sí, un tanto sorprendidos. No comprendían como alguien pudiese ignorar lo que estaba pasando. Ninguno de ellos, ni los demás que paulatinamente se habían estado acercando a la hoguera, dijo algo.

Adán levantó la mirada, posándola en la figura huesuda de un anciano que se apoyaba en un cayado muy viejo, tanto o más que él. Su vidriosa mirada indicaba que hacía muchos años que había dejado de ver. Debía tener cien años o más.

—Me llamo Heron, hombre de las estrellas —dijo el anciano con voz segura—. Yo puedo contestar a todas tus preguntas mejor que nadie.

Lars susurró al oído de Adán:

—No le hagas caso. Todos sabemos que Heron está loco. Vive aquí, en las montañas, y proclama conocer la verdad; pero nadie le escucha. Si le toleramos es porque no es peligroso.

Adán levantó la mano. Luego pidió que ayudasen a Heron a sentarse a su lado, al abrigo de la hoguera. Mirando aquellos ojos ciegos, el terrestre pidió:

—Te ruego que hables, anciano. Tú, sin verme, sabes que procedo de las estrellas. ¿Puedes explicarme eso?

—Desde la oscuridad de los tiempos mi familia ha vivido en las montañas —dijo el anciano—. Mi padre me transmitió la verdad que él recibió del suyo. Yo he querido comunicarla a los hombres, pero ellos nunca me hacen caso. Sé que los hombres viven por millones en las estrellas, que de allí procedieron nuestros antepasados, que vinieron a instalarse en este planeta y que, olvidados por sus hermanos, perdieron la gran sabiduría de la que

otrora gozaran. Olvidaron su ascendencia noble y degeneraron en tribus, en clanes, en grupos ignorantes.

»Nosotros, los hombres del sur, aprendimos a cultivar la tierra, a pescar. Los hombres del norte sólo sabían luchar, combatir y matar. Saquear. He conocido cuatro invasiones de mirdos en mi vida. Cada vez sus períodos de bajada al sur son más cortos. Esta vez sólo han dejado pasar veinte años desde la última vez para venir a proveerse de esclavos y mujeres. La próxima vez vendrán antes de los quince años, hasta que nos aniquilen totalmente…

—¡No escuchéis a ese loco! —gritó el edil Afanaiev—. Está blasfemando contra los señores, contra los dioses. Los señores me prometieron que impedirían a los mirdos llevarse esclavos al norte.

Lars se levantó impetuoso contra el edil.

—Calla tú, servidor de mentirosos. Cuando las caravanas llegaban al valle anunciando la proximidad de los mirdos, tú nos prometiste que irías a los señores para recabar su ayuda. ¿Dónde está esa ayuda? ¿Acaso no subiste hasta la fortaleza de los señores al día siguiente que te emborrachaste en casa de mis suegros?

—¡Claro que vi a los señores! —graznó Afanaiev.

—¿Y qué te dijeron, qué falsas promesas te hicieron?

El edil, sintiendo sobre sí la mirada despreciativa de los hombres, respondió:

—Los señores me dijeron que irían a dialogar con los dioses, elevando su fortaleza a las alturas, donde ellos moran. ¡Pero sólo lo harían cuando los mirdos estuviesen aposentados en los valles! Si irritamos a los señores, dudando de ellos, de su bondad, no subirán a los cielos y nos abandonarán en manos de los mirdos. Y los ofenderemos si seguimos escuchando las blasfemias de Heron.

El cerco humano estalló en un murmullo de contradicciones. Heron dibujó una leve sonrisa bajo su blanca barba y dijo:

—Es cierto que los señores ascenderán a los cielos en su fortaleza blanca, pero no será para pedir ayuda a los dioses, sino para salvar su sucio pellejo. —Paseó su insolente mirada ciega, impidiendo con su altivez que nadie hablase y agregó—: Ellos temen a los mirdos tanto como nosotros; nunca nos salvarán de su presencia.

—¡Sacrilego viejo! —escupió el edil.

Adán lo fulminó con la mirada.

—Deja hablar al anciano. —Luego, a Heron, solicitó—: Continúa.

—Durante las cuatro invasiones de mirdos que he presenciado desde estas montañas, antes que mis ojos perdieran la visión, siempre esos hombres que se hacen llamar señores, portadores de los deseos de los dioses, han huido en su fortaleza de metal ascendiendo hacia las estrellas, pero sin llegar a ellas, hasta que los mirdos, ahitos de sangre y cargados de prisioneros, regresaran en sus barcos al norte. Entonces volvían y tornaban a prometer que la próxima vez los dioses castigarían a los mirdos porque ellos así se lo habían pedido.

»Años más tarde, todo volvía a repetirse: los mirdos regresaban y los llamados señores retornaban a los cielos hasta que el peligro pasaba. Mientras tanto, nosotros les tenemos que entregar parte de nuestras cosechas, de nuestros terneros, de lo mejor que producimos para que puedan vivir en su fortaleza, rodeados de placeres y dando continuamente falsas promesas de seguridad.

»Al mismo tiempo, impiden que nos armemos, que nos enfrentemos a los mirdos. Pero lo hacen porque tienen miedo de que llegue el día en que los hombres de los valles acudan a la cima donde tienen su fortaleza de metal y los maten.

—Blasfemia, blasfemia —repetía el edil roncamente, pero casi nadie le hacía caso esta vez.

—Ésa es la historia de este triste planeta, hombre de las estrellas —terminó el anciano suspirando—. Mi padre sabía, porque así se lo aseguró el suyo, que llegaría el día en que nuestros hermanos de las estrellas regresasen. Estoy próximo a morir; soy muy viejo. Dime, ¿eres tú a quien debemos esperar, el que desenmascarará a los falsos señores, servidores de dioses no existentes y que acabará de una vez por todas con la amenaza constante de los mirdos, que sangra cada generación a quienes viven en los valles?

Adán tragó saliva, viendo la ansiedad que encerraban las palabras del anciano. Respondió:

—Vengo de las estrellas, Heron. Y pertenezco a la raza que hace siglos abandonó en este planeta a tus antepasados. Tu pueblo hallará algún día la paz.

Heron parpadeó sobre sus cuencas ciegas repetidas veces antes de decir:

—Quizá no haya llegado aún el momento de la liberación, pero tu presencia indica que está cercano. Aconséjanos, dinos qué podemos hacer para desoír a los señores, para librarnos de los mirdos.

Adán pidió antes que le explicasen qué era la fortaleza de metal de los señores, aunque él ya empezaba a sospechar de lo que se trataba.

—En el último valle, sobre la montaña más alta, existe una gran casa de metal plateado, como tu cinturón y botas, Adán —dijo Lars—. Yo nunca la he visto, pero los mayores, los que recuerdan la última invasión de mirdos, dicen que puede elevarse a los cielos con todos los señores en su interior.

Adán empezaba a comprenderlo todo. Se levantó, miró a los nativos y les dijo, queriendo que sus palabras sonasen seguras:

—Intentaré ayudaros. Ahora apagad las hogueras, que pueden atraer hasta aquí a los mirdos; montad guardia, vigilad. Mañana tendré algo que deciros.

Y se alejó del grupo, con la intención de buscar un sitio apartado donde dormir. Había notado sobre sí la mirada esperanzada de Sirgudar.

5

Adán despertó con los primeros rayos del sol.

El lecho de tierra no había sido cómodo y estaba un tanto dolorido. Tomó un par de tabletas con agua y se sintió mejor a los pocos segundos. Varios metros más allá, los nativos aún dormían. Distinguió a dos de los vigilantes que Lars había montado siguiendo sus indicaciones. Al parecer, durante la noche no había ocurrido ninguna novedad.

Mejor así. Levantó la mirada al cielo y no descubrió estela alguna que le señalase la presencia de las naves de rescate. Un sudor frío le recorrió el cuerpo. El Hermes ya debía tener reparadas sus averías. ¿Cuánto tiempo esperaría Alice Cooper para intentar buscarle?

La señal magnética de su pequeña nave era muy débil y sería tarea ardua localizarla. Aún necesitarían muchas horas para ello sus compañeros. Para entonces él debía estar junto a su aparato, si no quería quedarse en este planeta para toda la vida.

Desechó esos pensamientos y decidió que estaba necesitado de un buen baño. Oyó el rumor de un riachuelo y hacia él se dirigió.

Era de tranquilas y transparentes aguas. Sumergida en ellas, Sirgudar semejaba una mitológica diosa terrestre. Su hermoso cuerpo, desnudo a la madrugada en el plateado líquido, se le ofrecía candoroso y virginal.

Adán no supo cuánto tiempo estuvo espiándola, admirándola. La muchacha se agitaba en el agua de forma encantadora, sumergiéndose en el líquido elemento, saliendo de él toda reluciente. Parecía estar jugando, saboreando aquel instante de pequeño placer e intimidad.

Entonces Sirgudar lo descubrió allí, arrodillado cerca de la ribera y soltó un gritito, cruzando las manos sobre los pechos.

—Lo siento —se excusó Adán—. No quería asustarte. Vine a lavarme también.

—Voy a salir. Vuélvete —dijo ella.

Adán le tendió la mano, brindándose a ayudarla.

—Estoy desnuda —explicó vanamente Sirgudar.

El terrestre frunció el ceño.

—Por supuesto. Ven, la orilla está un poco resbaladiza.

—Por favor, vete. Mi ropa está cerca de ti. No puedo alcanzarla.

—Yo te la daré. Ven.

Sirgudar suspiró y, chapoteando, salió del agua. Adán ya había tomado la túnica de ella y se la ayudó a poner. Sus ojos, mientras tanto, nunca habían mirado el cuerpo desnudo de otra forma que no fuese admirativa ante tanta belleza.

—Tenía frío y tuve que salir. De no ser por eso me habría quedado en el río —aseguró ella.

—¿Por qué?

—Estaba desnuda, ¿no?

—Sí, claro.

—No está bien que me vieras así.

—No lo entiendo. ¿Te avergüenzas de tu cuerpo? Eres muy hermosa. Lars debe estar orgulloso de ti.

Sirgudar miró a Adán curiosamente.

—¿Es que de donde vienes las mujeres no van vestidas?

Él sonrió.

—Naturalmente que sí, pero con el único afán de llevar lujosos vestidos o joyas, nunca por la hipócrita intención de ocultar sus carnes. Nadie tiene en cuenta tal cosa. Pertenece a los viejos tiempos, anteriores a la Primera Era.

—Es un extraño mundo el tuyo, Adán. No me acostumbraría a él.

—¿Por qué?

—Debe carecer de nuestras costumbres, deseos...

El rostro de él se nubló.

—No lo creas —dijo—. En muchas personas subsisten atávicos prejuicios. Por ejemplo, yo...

Ella rió.

—No puedo creer que te autocompadezcas.

—Pues es cierto. No es frecuente entre los míos, pero mi ego me

suele jugar malas pasadas últimamente: se niega a admitir la superioridad o igualdad, al menos, de una mujer. Mientras yo mismo no me convenza de que puedo ser más, me será imposible pensar en ella como mujer. Mientras tanto, es mi superior.

Sirgudar miró a Adán fijamente. Su mente sin cultivar, debía de ser, empero, de alto intelecto dormido, clamando porque alguien la ayudase a alcanzar la cima que fácilmente podría lograr.

Oyeron un crujir de ramas y la voz de Lars llamar a Sirgudar.

—Debo irme —dijo ella—. Me separé de los brazos de Lars sin que él se diese cuenta. —Dudó y dijo—: Creo que no debe vernos juntos.

Adán iba a preguntar por qué, cuando recordó que se hallaba entre gentes distintas a él. Sirgudar se despidió con una sonrisa y, mientras la veía alejarse, se dijo que no debía sorprenderse ante el temor de la muchacha. Recordó su propio conato de celos en el planeta Arat, cuando la comandante Cooper fue citada por el vicepresidente. Lo que era una entrevista política, le pareció un encuentro amoroso.

Después de lavarse en las claras aguas del riachuelo regresó al campamento, donde todo el mundo, excepto algunos niños, estaban despiertos. Tal vez no se había fijado la noche anterior debido a la oscuridad, pero le pareció que había más gente que entonces.

Lars le explicó:

—Han estado llegando muchos grupos, Adán. Los mirdos han estado rodeando los valles, empujando a sus habitantes a éste. Y ahora nos confinan en estas montañas.

Adán entornó los ojos. El anciano Heron, el edil Afanaiev y otros ediles de varios poblados, formaban un grupo, junto con muchas personas, cerca de él. Sólo en Afanaiev descubrió un sentimiento de animadversión.

—Entonces debéis huir de las montañas —dijo Adán.

Heron le escuchó. Movió su cabeza y dijo:

—Estos parajes no tienen salida que no esté vigilada por los mirdos.

—¿Nunca han actuado así los mirdos en anteriores invasiones? —preguntó Adán.

Sirgudar y varias mujeres habían estado calentando una especie de infusión, que empezaron a repartir entre los hombres. Adán

rechazó gentilmente la que le ofrecían.

El único que podía responder a la pregunta del terrestre era Heron.

—Los mirdos siempre han actuado de forma anárquica en sus invasiones —repuso el anciano—. Saqueaban, mataban, violaban y se llevaban a sus barcos a los hombres y mujeres que encontraban. Ahora es distinto. Desarrollan un plan preconcebido. ¿Lo entiendes?

Adán asintió.

—Sí, comprendo. Los mirdos quieren acabar con los valles, llevarse al norte a todos los esclavos que puedan. ¿Me equivoco?

—No —replicó Heron dibujando una triste sonrisa—. Y los que no puedan o no quieran llevarse, serán pasados a cuchillo.

El círculo de nativos alrededor de Adán se había incrementado considerablemente. Había allí gente de todos los valles. Y parecían esperar del terrestre palabras de aliento, de esperanza.

Afanaiev, retador, se plantó ante Adán, diciendo:

—Lars Lappa ha dicho que tú podrías librarnos de los mirdos gracias a tus poderes. Yo no lo creo.

Adán comprendió que el edil pretendía desacreditarle, para así volver a recuperar su privilegiado poder en el poblado, una vez que los mirdos se hubiesen marchado. Aquel estúpido no había comprendido que nadie quedaría con vida o libre en los valles para volver a reconstruir el poblado.

Por otra parte, Adán se hallaba en la encrucijada de ayudar a aquellos seres desamparados, arriesgándose a quedar para siempre en aquel planeta si permanecía apartado de su pequeña nave, o dejarlos correr su suerte, que al fin y al cabo era la que debían padecer si él no hubiera sufrido aquel percance que le obligó a aterrizar. Y no debía olvidar que se hallaba en un planeta prohibido por el Alto Mando del Orden, en el que no se debía intervenir sin expreso consentimiento.

Pero olvidándose de todo y haciendo sólo caso a sus sentimientos más primitivos, Adán respondió con voz fuerte, para que todos le oyeran:

—Os ayudaré a expulsar a los mirdos, pero vosotros, hombres de los valles, debéis aprender a defenderos por vosotros mismos. Estoy seguro de que poseéis la técnica suficiente para construir espadas, lanzas, escudos y jabalinas. Ya disponéis de hachas y machetes.

Trabajad todo el día, templad acero y aprontaos para que mañana, a primera hora, podáis bajar a los valles a combatir a los mirdos.

Un murmullo siguió a las palabras de Adán. Despectivo, Afanaiev dijo:

—El poder del hombre vestido de negro se basa en que nosotros, desoyendo las leyes de los señores, tomemos las armas para combatir. ¿Dónde está el poder que Lars juró había visto que este hombre utilizó contra los mirdos? ¡Es un farsante!

Antes de concluir sus palabras, el edil sacó de su túnica la mano derecha, se la llevó a la espalda y, proyectándola hacia delante, lanzó contra Adán un corto puñal.

Adán había intuido algún peligro, por lo que se limitó a sacar la pistola y dispararla contra el edil. Heron había permanecido a su lado y, ante la sorpresa de todos, se colocó ante el terrestre, recibiendo su pecho el afilado metal. Mientras Afanaiev caía apestando a carne quemada y convertido en una masa informe y negruzca, Adán apenas tuvo tiempo de tomar entre sus manos el liviano cuerpo del anciano.

Los hombres de los valles tuvieron ocasión de ver el poder del terrestre, y gracias al sacrificio de Heron, pensaron que estaba protegido por los dioses.

—¿Por qué lo hiciste, anciano? —preguntó Adán después de confirmar que la puñalada era mortal—. ¿Cómo supiste que el edil iba a intentar matarme, y dónde me encontraba yo?

Por una leve fracción de tiempo, Adán se imaginó que los ojos del viejo relucían de vida, que le veía, cuando respondió:

—Son muchos años en tinieblas, amigo. A veces veo más que los que pueden ver. —Tosió y apenas si pudo agregar—: Debes vivir para salvar a esta pobre gente…

Luego los párpados se cerraron sobre aquellos ojos sin vida, como ya lo estaba el frágil cuerpo que Adán seguía sosteniendo.

—Enterrad a este hombre —pidió Adán con voz quebrada. No sabía cuál podía ser la costumbre funeraria de aquel planeta, pero el enterramiento era algo común entre los pueblos bárbaros—. A esta carroña, en cambio —añadió, señalando lo que fue Afanaiev— podéis tirarla a algún barranco.

* * *

Con una ramita y sobre un trozo de terreno liso, Adán trazó un

rudimentario mapa de los valles con la ayuda de los nativos.

Señalando un punto, Lars aseguró:

—Sí, aquí está la fortaleza de los señores.

Varios ediles, escarmentados por la suerte corrida por Afanaiev, asintieron en silencio, sumisos. Volviéndose hacia ellos, Adán inquirió:

—Cuando vosotros tenéis que entrevistaros con los señores, o entregarles los alimentos frescos que exigen a los aldeanos como tributos, ¿qué hacéis?

Uno de ellos respondió:

—En la base de la fortaleza existe un dispositivo para llamar la atención de los señores. Ellos, desde el interior, nos permiten entrar en una estancia con una gran ventana. Desde el otro lado, nos hablan. Cuando tenemos que entregar frutas y carne fresca, nos abren una puerta donde comienza un camino que nunca cesa de correr. Sobre él depositamos la mercancía, que se lleva al interior.

—¿Quieres decir que los señores conocen a todos los ediles de los valles?

Ellos se miraron entre sí. Nunca habían pensado tal cosa. Cuando un edil moría, el hombre más fuerte o aquél que designara anteriormente el edil, ocupaba su puesto. No se informaba a los señores, puesto que ellos, en su sabiduría, sabrían que sólo los representantes de los valles se atrevían a acercarse a la fortaleza.

Adán sonrió complacido ante tal información.

Los vigías que había mandado para espiar los movimientos de los mirdos aseguraban que éstos se estaban concentrando en distintos puntos, como si se estuviesen preparando al asalto de los montes donde la población estaba refugiada.

—Antes del atardecer iniciarán el definitivo ataque —aseguró Adán, ante las noticias de los vigías.

En parte se sentía reconfortado ante el ruido ininterrumpido que producían los nativos fabricando espadas y lanzas. Con el temple que debían dar al hierro, según les enseñó Adán, sus armas serían más fuertes que las de los mirdos.

Pero pese a todo, sabía que los nativos nunca podrían vencer por sí solos a las aguerridas huestes invasoras. Tenía que hacer algo definitivo para que su bisoño ejército tuviese que acabar únicamente con grupos de aterrados fugitivos. Aquello serviría para

que los nativos elevaran su moral y, de producirse una nueva invasión, estuviesen en condiciones de rechazarla sin su ayuda.

Adán terminó de adiestrar a los hombres que antes había elegido para que capitaneasen los distintos grupos. Les dijo dónde debían colocar sus fuerzas y que debían esperar a que se produjese la señal de atacar.

—¿Cómo será esa señal? —le preguntó uno de los hombres.

—No podría explicaros ahora cómo será; pero estoy seguro que cuando se produzca ninguno de vosotros dudará de ella. —Se levantó y dijo—: Ahora debo regresar hasta mi nave.

—Yo te acompañaré —se ofreció Lars.

—Tú deberías quedarte aquí, Lars —intervino, inesperadamente, Sirgudar—. Yo conozco el camino y puedo guiar a Adán.

—Estás loca —replicó Lars—. Todo el terreno estará lleno de mirdos y…

—Veníos los dos —dijo Adán, temiendo que la discusión se prolongase demasiado. El tiempo se le estaba acabando.

De todas formas, prefería a esos amigos cerca de él. Aunque corriese un serio peligro, al menos podría cuidar de ellos.

* * *

Estaba cercano el mediodía cuando emprendieron la marcha monte abajo. Lars iba en cabeza, seguido de Sirgudar, que había dejado su túnica y vestía unos calzones cortos. Adán caminaba el último, dispuesto a intervenir con su arma al más mínimo peligro.

Por el camino se preguntaba si sus compañeros del Hermes ya habrían localizado su pequeña nave y, ante su ausencia, emprendido el regreso. Sonrió de forma hiriente hacia sí mismo, al suponer la reacción de Alice. ¿Ordenaría su comandante la marcha, dejándole a él abandonado en un planeta salvaje?

Adán se dijo que no iba a guardar rencor a Alice si así procedía. Sólo estaría cumpliendo con su deber. Aunque nadie le podía culpar de haber aterrizado en un planeta prohibido, siendo motivo de emergencia, era toda suya la responsabilidad de abandonar el área de la pequeña nave de inspección, que con su avisador magnético debía atraer a los grupos de rescate.

Pero ya era tarde para arrepentirse. Estaba decidido a ayudar a la gente de los valles y, con éxito o no, culminaría sus propósitos.

—Llegaremos dentro de poco al sitio donde dejaste tu aparato

que vuela, Adán —anunció Lars.

Se habían detenido para descansar un rato. Notando la mirada preocupada de Adán, Lars preguntó:

—¿Qué te ocurre? Todo va bien.

—Precisamente por eso estoy preocupado —repuso Adán—. Ya debíamos habernos encontrado con mirdos. ¿O es que los vigías se equivocaron cuando dijeron que estaban rodeando los montes?

El semblante de Lars se ensombreció.

—Es cierto —dijo—. Pero yo, de todas formas, me alegro. ¿Acaso temes por tu nave?

—No —sonrió Adán—. No podrían hacerle más daño.

Reemprendieron la marcha y Adán puso más atención a cada arbusto, a cada árbol, temiendo que de cualquier matorral surgiese uno de aquellos enmascarados guerreros.

Al final llegaron al claro donde el día anterior aterrizó el pequeño aparato. Adán detuvo a Lars y a Sirgudar, impidiéndoles ponerse al descubierto.

—¿Qué ocurre? —preguntó el nativo.

—Los cadáveres —dijo Adán—. No están los guerreros que maté, los que me averiaron el grupo navegador y de comunicación.

El terreno alrededor de la plateada nave aparecía vacío. Pero algunos trozos de él estaban chamuscados por los disparos que Adán efectuó.

Permanecieron unos minutos ocultos. Al cabo de ellos y no ocurrir nada, Adán dijo:

—Caminemos rápido hacia el aparato.

En su mano derecha la pistola estaba amartillada y dispuesta a abrir fuego. Llegaron junto a la nave sin novedad. Adán sacó el mando a distancia del campo de fuerza que la protegía y lo desconectó. Subió al interior de la cabina.

Tuvo que fruncir el ceño al descubrir que la señal magnética era más débil que nunca. Dedujo que sus compañeros no habían descubierto aún el lugar donde aterrizó. Los cadáveres debían habérselos llevado los guerreros mirdos. Las huellas que llenaban el claro eran de mocasines nativos.

Aunque un poco apretados, los dos jóvenes podrían viajar con él en la nave.

—Entrad —pidió.

Sirgudar miró con cierto temor la nave.

—Si esto que llamas nave es capaz de volar, ¿vamos a viajar por donde moran los dioses?

—No exactamente —sonrió Adán—. Quiero ir hasta la fortaleza de los señores..., si es que aún sigue en el lugar que me habéis dicho. Como para llegar hasta ella caminando tendríamos que enfrentarnos con todos los mirdos, es preferible viajar por el aire.

—Dices que eres un hombre como nosotros, Adán —dijo Lars—. Pero a veces lo dudo. Puedes volar como los señores y posees el poder que éstos dicen que tienen los dioses. ¿Qué eres en realidad?

Adán estuvo tentado de responderle que un grandísimo tonto, al correr el riesgo de perder la oportunidad de marcharse en el Hermes, de no volver a ver más a Alice y de otras tantas cosas en las que mejor no debía pensar. Pero, por todo, respondió:

—Confío en que dentro de poco podrás comprender muchas cosas. Vamos, adentro. Estaréis un poco estrechos, pero el viaje durará pocos minutos.

Entró primero Sirgudar y luego Lars. Este último se fijó en el panel de mandos con interés. Adán comprendió y explicó:

—Cuando regresé, después de matar a la patrulla de mirdos y vosotros os marchasteis, otros invasores estaban dedicados de lleno a destrozarme la nave. Si me llego a retrasar unos minutos, ni siquiera nos serviría para viajar dentro de la atmósfera.

—¿Acaso con este aparato puedes viajar a las estrellas, como Heron decía que los hombres podían hacer hace muchísimos años?

La pregunta de Lars sorprendió un tanto al terrestre.

—Bueno, quizá no tanto; pero sí podría llegar hasta otra nave mucho mayor que ésta, en la que puede caber toda la gente de un valle. Con las averías que tiene ahora, sería un suicidio salir al espacio exterior.

Adán había saltado al interior de la carlinga y manipulado en los mandos, milagrosamente ilesos, que le permitirían viajar por la atmósfera del planeta. Estaba a punto de soltar la energía por las toberas cuando un grito de Sirgudar le hizo levantar la mirada del salpicadero y posarla en el exterior, a través de la transparente carlinga.

El terrestre sintió un seco nudo en la garganta. Ni siquiera Lars, ensimismado en la contemplación de las lucecitas que Adán había

estado encendiendo en el panel de mandos, había visto la total transformación ocurrida en el claro.

Cientos de guerreros mirdos habían surgido de la espesura, montados sobre sus extraños caballos de aspecto reptílico. Rodeaban totalmente la navecilla, formando un compacto cordón humano, codo con codo.

Las máscaras que cubrían sus rostros parecían querer evidenciar claramente que estaban dispuestos a cobrarse debida venganza por la muerte de sus compañeros. Sabían que el causante de la matanza de los guerreros que encontraron alrededor de la nave estaba ahora dentro de ella.

Los hierros chocaban entre sí y los cueros de las armaduras rozaban. Los monstruosos caballos lanzaban sus gemidos, parodias de bufidos, y pisoteaban nerviosos con sus pezuñas la tierra batida.

En aquellas circunstancias, el despegue era problemático. Los jinetes estaban demasiado cerca de la pequeña nave, cada vez más cerca. Quizá pudiese atravesar la barrera humana y animal, pero Adán no quería arriesgarse.

De entre los jinetes se destacaba uno de imponente aspecto, armadura más lujosa, máscara más terrible y penachos más grandes. No llevaba lanza ni escudo; sólo una enorme espada brillante al sol. Debía ser el jefe de los invasores mirdos.

Adán recordó ciertas costumbres de los pueblos guerreros primitivos. Tal vez en aquel planeta fuesen iguales. De ser así, mucho esfuerzo podía ahorrarse.

Ante el asombro de sus compañeros, salió de la cabina.

6

El gesto de Adán impresionó a los guerreros mirdos, quizá porque ya estaban pensando que iban a tener que atacar con sus lanzas el monstruo de metal donde se refugiaban los dos hombres y la mujer. El hecho de que el hombre que sabían había matado a catorce de sus compañeros saliera de su refugio, sin ninguna arma a la vista, les hizo pensar que estaba loco… o era demasiado valiente.

Adán se volvió lentamente hacia la cabina, diciendo:

—Ocurra lo que ocurra, no salgáis. Aquí estáis seguros.

Lars fue a protestar, pero el terrestre había vuelto a conectar el campo de fuerza y la voz del nativo se esfumó. A quienes estaban en su interior no podía hacer daño, y sí a los que se atreviesen a acercarse a él, a tocarlo.

Luego, caminando mesuradamente, Adán se aproximó al personaje que por sus pomposas indumentarias parecía ser el jefe. Si no estaban allí congregados todos los mirdos que habían participado en la invasión, pocos faltarían.

—¿Eres tú, hombre de ropas negras, quien mató con una poderosa antorcha a mis hombres? —preguntó el jefe mirdo, sonando su voz a ultratumba al proceder de detrás de la máscara.

—De donde yo procedo, guerrero mirdo, los hombres se hablan sin que medie entre ellos un mascarón ridículo —replicó Adán, cruzando los brazos sobre el pecho y mirando desafiante.

Los mirdos se agitaron por unos segundos. ¡Aquello que estaban presenciando no tenía precedente en sus vidas!

De un violento gesto, el jefe mirdo se arrebató la máscara de cuero y metal. Revoloteando sus plumas, cayó al suelo. Adán pudo observar el rostro del jefe: hosco, barbudo, cruzado por varias cicatrices y con ojos inyectados en sangre.

—Soy Ubren el Poderoso, jefe de los mirdos ¿Quién eres tú que

desde el suelo osas hablarme así?

Irónico, Adán respondió:

—Me llamo Adán Villagran. No me llaman el poderoso, pero lo soy más que tú. Y para demostrarlo he descendido de mi caballo de hierro, mucho mejor y más veloz que el tuyo. Yo no preciso de un sucio animal para ir de un lado a otro a ras del suelo. Yo viajo por las nubes y tan rápido que tus ojos no pueden seguirme.

Aquel cúmulo de insultos, que Adán había elegido teniendo en cuenta la mentalidad primitiva de sus oponentes, causó el efecto deseado. Ubren empezó a ponerse nervioso, aún más que sus numerosos guerreros.

—Anoche me contaron dos guerreros supervivientes lo que ocurrió aquí —dijo el jefe—. No quise creerlo. Retiramos los muertos, fulminados por un rayo, tal vez, y decidimos esperar a que regresaras a tu montura de hierro, a la que nadie pudo acercarse.

Adán sonrió para sí, pensando que aquella gente ya había tenido una amarga experiencia con el campo de fuerza.

—Sólo yo y mis amigos podemos montar en mi caballo de hierro. Vengo de un lugar muy lejano, de aquellos puntos que brillan en la noche. He sabido de vuestra maldad, mirdos, y estoy dispuesto a castigaros, a proteger a la gente de los valles.

—¿Tú solo? —preguntó, burlón, Ubren.

—Sí, yo solo. Tengo el poder de la antorcha que mata a distancia. Ya viste con tus propios ojos cómo quedaron tus estúpidos guerreros por provocar mi cólera.

El jefe mirdo tardó un instante en responder.

—Es posible que digas verdad. Las viejas sagas de mi pueblo afirman que en otros tiempos existían tales cosas. Incluso los habitantes de estos valles, esos cobardes que proteges en tu montura de hierro, afirman que sus afeminados señores poseen rayos capaces de aniquilar a un ejército entero; pero durante docenas, cientos de años, mis antecesores han saqueado estas tierras. Y los señores se han limitado a elevarse en el aire, huyendo de nosotros.

Mentalmente, Adán agradeció a Ubren aquella información complementaria, que añadida a los datos que ya poseía supuso le iba a ser de gran utilidad más adelante, si escapaba de aquella situación.

—Te repito que yo no soy un cobarde, señor de los mirdos —dijo Adán—. Por el contrario, estoy dispuesto a castigar a esos individuos llamados señores por su cobardía. Pero antes me ocuparé de vosotros.

—No me impresionas en absoluto, hombre vestido de negro —masculló Ubren—. Aunque tengas la antorcha que mata a distancia, no podrás con todos nosotros al mismo tiempo. Sé que uno de los guerreros que mataste estuvo a punto de ensartarte con su lanza.

Adán presintió que estaba perdiendo terreno. Astutamente, preguntó:

—Estoy perdiendo el tiempo contigo, Ubren. ¿Acaso eres el jefe supremo de los mirdos? ¿No hay otro de superior rango al tuyo?

Los ojos de Ubren brillaron de furia. Agitando su ancha espada, respondió:

—Sólo Ubren el Poderoso, jefe de todos los mirdos, se teme a sí mismo. Yo vencí al anterior jefe en duelo hace más de doscientos días. Prometí a mi pueblo tener más esclavos del sur diez años antes que se cumpliese el período destinado para nuestra acostumbrada invasión.

Adivinó Adán los antecedentes y repuso:

—No solamente adelantaste la fecha, sino que te propusiste no dejar un solo sureño en estas tierras, para así evitar que otro ambicioso te rete antes de tiempo, ¿no es así? Comprendo tu plan de rodear a toda la población de los valles, cercarla en los montes e impedir que vuelvan a fundar pueblos. No sólo llevarías al norte más esclavos que ningún otro jefe anterior a ti, sino que privando de brazos que cultiven los campos, condenarás a muerte a los señores. Y así, con el tiempo, te apoderarías de la fortaleza de metal. Ningún jefe mirdo hubiera sido tan poderoso como tú.

»Tienes parte de razón al elegir tu apodo, Ubren. Pero yo destruiré tus planes.

—Desvarías —rió Ubren—. Sólo tengo que ordenar a mis hombres que disparen al mismo tiempo sus lanzas…

—¿Acaso no serías tú capaz de matarme a mí, sin recurrir a tus guerreros? —Adán escupió las palabras, queriéndoles dar, al tono empleado, el mayor desprecio posible. Comprendía que su situación empeoraba por momentos—. Estoy seguro de que ellos piensan que su jefe es un cobarde, indigno de su puesto. Se preguntan por qué te

obedecen.

Los cientos de lanzas que se habían estado alzando volvieron a descender. Las máscaras se volvieron interrogantes en dirección a Ubren. Éste, rojo de cólera, dijo:

—Hablas así porque tienes tu arma que envía fuego, hombre vestido de negro. Con una espada en tus manos tu lengua quedaría muda.

Adán esperaba aquella ocasión.

—No dispongo de una espada. Que uno de tus guerreros me ceda la suya, si es que no le importa que la ensucie con tu negra sangre.

Lo dicho por Adán levantó un clamor indescifrable entre los guerrerros. Debían empezar a pensar que su jefe, el poderoso Ubren, temía al hombre vestido de negro aun sin su arma de fuego.

Un jinete adelantó su montura, acercándose a Adán unos metros. Aunque no vestía como Ubren, su máscara era macabra y rica en adornos, así como su capa era larga y cuidadosamente bordada. Desenvainó su pesada espada. La tomó por la hoja y tendió a Adán la empuñadura, mientras decía a su jefe:

—Yo cederé al hombre vestido de negro mi espada, poderoso Ubren. —Luego, con una entonación que Adán pensó que era irónica, agregó—: Estoy seguro de que se teñirá con tu sangre, jefe.

Adán tomó la espada y la blandió. Era pesada, pero bien equilibrada y la empuñadura resultaba cómoda. Mientras se acostumbraba a su peso, miró a Ubren y comprendió que el guerrero que le prestó el arma debía ser un rival en potencia de Ubren, que hasta la fecha no se había sentido con el suficiente valor de retarle y aprovechaba aquella oportunidad para que el terrestre lo quitase de en medio, preparándole el camino hacia la jefatura.

Al pasar el guerrero por el lado de Ubren, éste crispó las manos sobre sus armas. Luego volvió su atención al terrestre, preguntando:

—¿Estás dispuesto?

Adán asintió. Dirigió una rápida mirada a la nave. Dentro de la carlinga, la pareja asistía al espectáculo privada del sonido, pero comprendiendo todo cuanto pasaba. La cara de Lars ardía de desesperación ante la imposibilidad de intervenir. Adán les sonrió para infundirles confianza.

Ubren se desprendió del resto de sus armas, quedándose con su

gran espada solamente. Podía ser un salvaje y un sanguinario, pensó Adán, pero no un cobarde o un ventajista. El jefe mirdo descendió de su montura y comenzó a avanzar hacia el terrestre.

Adán estudió a su contrincante, que llevaba la espada lánguidamente caída, rozando con la punta el terreno. ¿Era una treta para engañarle?

El terrestre no era ducho en el arte de la esgrima, pero sus reflejos estaban acondicionados después de miles de horas de entrenamiento. El Orden no confería el grado de oficial a quien no reuniese grandes condiciones. Y Adán disponía de una gran agilidad y rapidez mental.

Unas décimas de segundo antes de que el jefe mirdo levantase su arma, Adán ya sabía por dónde iba a dirigir el golpe. Con su espada detuvo el acero y a su vez propinó una finta que con dificultad pudo atajar Ubren.

Adán vio en los ojos del mirdo un destello de sorpresa. Aquel golpe debió haberle dado buen resultado en muchas ocasiones. No esperaba que su enemigo lo anulase con tan aparente tranquilidad.

Por dos veces más Ubren intentó sorprender a Adán y otras tantas veces el mirdo asistía asombrado a la inutilidad de sus argucias. Empezó a perder la paciencia, iniciando una serie de golpes en los que depositaba toda su fuerza confiando en cansar a su oponente.

Cada vez que Adán detenía el acero de Ubren, estaba más convencido de que si permitía que la lucha se prolongara estaba perdido. Por resistencia física plena, él podía vencer al mirdo, pero no si sostenía un combate prolongado. Su brazo derecho empezaba a notar la dureza de los mandobles de Ubren. Y éste, a cada segundo, acentuaba la sonrisa, aumentando su confianza de salir victorioso en aquella lid.

Mientras los aceros chocaban y producían agudo gemido, Adán decidió que había llegado el momento de pasar al contraataque.

Fintó a la izquierda con rapidez. Antes que la espada de Ubren trazase un arco rápido hacia allí, envió otro ataque por la derecha. La afilada hoja de la espada del terrestre cortó el duro cuero que cubría el hombro del mirdo, aunque no llegó a tocar la carne.

Adán retrocedió unos pasos. Sin poderlo remediar se había impresionado ante la imagen, píetórica de rabia, del jefe mirdo al

sentirse tocado.

Entonces se produjo un ataque ciego y desmelenado del guerrero. Su mano armada parecía el aspa de un molino en una tormenta. El acero de su espada era un trazo brillante que danzaba ante el cuerpo de Adán, que tuvo que emplearse a fondo para impedir ser tocado.

El sol caía a plomo sobre el claro, y Adán sudaba como no recordaba haberlo hecho nunca antes. Ubren pareció tomarse unos segundos de respiro. Agarró la empuñadura con las dos manos y, gritando como un poseído, reanudó el ataque, más feroz que los anteriores.

Adán no escuchaba cómo los guerreros aullaban de placer ante aquel combate y el próximo y seguro triunfo de su jefe sobre aquel extraño hombre que el día antes había matado con facilidad a varios de sus compañeros.

Adán retrocedía continuamente ante el enloquecido ataque del mirdo. De reojo comprendió que estaba cerca del campo de fuerza que rodeaba la nave. Si llegaba a tocarlo...

Esquivó un nuevo mandoble, comprendiendo que su enemigo no le dejaría salir de allí. ¿Acaso comprendía aquel salvaje que lo tenía metido en una encerrona, con la electrizante barrera invisible a su espalda?

No. Ubren estaba demasiado ansioso por ver el color de la sangre del terrestre para pensar en otra cosa que traspasarle con su acero. Presentía el triunfo cerca y estaba dispuesto a acabar pronto.

Adán vio subir el acero por encima de la cabeza de Ubren. El golpe iba a ser terrorífico. Aunque lo parase con su espada no podría sostenerse sobre el terreno que pisaba. Se golpearía, sin remedio, contra el campo de fuerza.

Jugándoselo todo, se lanzó al suelo, rodando y yendo a golpear las rodillas del mirdo. Éste gritó y saltó sobre Adán, cayendo sobre el mismo lugar donde comenzaba el campo de fuerza.

Ubren gritó de dolor al recibir la descarga eléctrica. Adán pudo incorporarse y volverse para reanudar el ataque. Aturdido, pero sin soltar su espada, el jefe mirdo se levantó.

Adán comprendió que no podía permitirse el lujo de desperdiciar aquella oportunidad y envió la afilada hoja de su espada contra el costado izquierdo de su enemigo.

El acero atravesó el cuero adornado con hierros, telas gruesas y carne, hasta detenerse en las costillas. El grito de dolor de Ubren se asemejó al de una bestia herida. Jadeante, Adán retrocedió unos pasos. Pensaba que, según las duras costumbres de aquellos guerreros, su deber era rematar al herido.

Pero no se sentía capaz de hacerlo. La salvaje ansia que por momentos se había adueñado de él ya había desaparecido. Ubren estaba incapacitado de proseguir el combate. Para él, al menos, era suficiente.

Se volvió para estudiar la reacción de los guerreros. Un silencio total había descendido sobre ellos. Tal vez solamente el hombre que le cedió su espada estaba contento con el resultado de la lucha. Bajando de su caballo, se adelantó hacia Adán, con la diestra extendida.

—Celebro que mi arma te haya servido —dijo a guisa de petición de la espada.

Adán no se fiaba de él. Mientras en el suelo Ubren seguía gimiendo de dolor, el terrestre, al tiempo que desenfundaba su pistola, devolvía la espada.

El guerrero mirdo, cuando la tuvo en su poder, dudó unos segundos en volverla a envainar. La visión de la pistola le decidió a no cometer la estupidez de pensar que el terrestre estaba desarmado.

—Llevaos a vuestro jefe. Si le curáis, vivirá.

A las palabras de Adán, el guerrero respondió escupiendo sobre el cuerpo caído y herido de Ubren diciendo:

—Ya no es nuestro jefe. Yo era su lugarteniente. Por derecho, hasta que regresemos al norte, yo, Mirklo, soy el jefe.

—¿Qué será de él? —preguntó Adán, señalando a Ubren.

Mirklo se encogió de hombros.

—Será abandonado aquí. —Mirando a través de su horrorosa máscara al terrestre, dijo—: Las leyes de nuestro pueblo impiden que un hombre sea retado a muerte dos veces en el mismo día. Si mañana, cuando acabemos con los hombres del valle te encuentro, deberemos enfrentarnos, hombre vestido de negro.

Adán emitió una sonrisa de duda.

—No lo creo. Antes que acabe esta jornada, si tú y tu ejército no habéis abandonado los valles rumbo al norte, os aniquilaré.

De la máscara surgió una risa burlona.

—Eres fuerte y valiente, pero no capaz de hacer lo que pregonas. De ser así, no esperarías hasta el anochecer. Y para entonces, te aseguro, todos los habitantes del valle serán nuestros, así como sus ganados, sus bienes y riquezas.

—Pensé que con la muerte de Ubren se agotarían vuestros deseos de lucha. Peor para vosotros.

Adán volvió la espalda al mirdo y regresó a la nave. Disimuladamente utilizó el mando a distancia y desconectó el campo de fuerza.

Los guerreros mirdos aún permanecían estáticos en sus puestos cuando el terrestre abordó la carlinga. Recibió efusivas felicitaciones de los dos jóvenes nativos.

—Era terrible estar aquí, sin poder ayudarte —se lamentó Lars.

Sirgudar le palpó repetidas veces, temiendo encontrarle alguna herida. Adán les aseguró que estaba bien. Solamente tenía los nervios un poco alterados. Por primera vez en su vida había malherido a un ser humano con una rudimentaria arma blanca y la sensación no era nada agradable, una vez pasado el momento de la excitación.

El terrestre observó que los guerreros mirdos, lentamente, empezaban a retroceder de los contornos de la nave. Tranquilamente inició las maniobras de despegue.

La energía impulsora estremeció la nave y ascendieron como un relámpago; pero Adán aún tuvo tiempo de ver por última vez el cuerpo herido de Ubren, sobre un charco de sangre. Como dijera Mirklo, sus antiguos hombres optaban por abandonarle a una muerte segura.

—Pensé que los invasores desistirían de su idea de proseguir el saqueo si su jefe moría —explicó Adán—. Me equivoqué. El sucesor de Ubren es tan ambicioso o más que él.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó Lars.

—Vinimos buscando un medio que nos llevase rápidamente hasta la fortaleza, ¿no? —dijo Adán, mientras se orientaba. Había tomado ya suficiente altura como para distinguir, a simple vista, los montes donde, sobre uno de ellos, estaba situada la morada de los señores. Señalándola, añadió—: Pues allí vamos.

Sin advertirlo imprimió más velocidad al navío, deseando llegar

cuanto antes al recinto temido por los habitantes del valle.

7

La fortaleza de metal de los señores dominadores de los valles estaba asentada en la cima de un monte. Allí el terreno era liso, como aplanado por la mano del hombre. Resultaba árido, carente de vegetación, fúnebre y hostil.

Adán aterrizó a un par de centenares de metros de la mole de acero. Ante su vista, ya no tuvo la menor duda de haber acertado en sus conclusiones.

Lars y Sirgudar caminaban detrás suyo, como si temieran hacer algún ruido que despertase la cólera de los señores. Un rudimentario camino procedía de los valles y ascendía hasta la misma fortaleza. Adán vio en él profundas huellas de ruedas de carromatos y miles de pisadas de hombres. Las señaló a Lars y el nativo respondió:

—Es el camino que usamos para traer a los señores las viandas que nos solicitan a través de los ediles.

—¿Estuviste aquí antes, Lars?

El muchacho negó con la cabeza. Miraba sin cesar y con aprensión, la fortaleza.

—Nunca. El edil siempre elige a los mayores. Nadie se acerca hasta aquí por su voluntad o curiosidad; se corre peligro de muerte. Únicamente en compañía de los ediles y cuando traen alimentos, los hombres de los poblados se acercan seguros de no provocar la irritación de los que moran ahí dentro —y señaló la pirámide truncada de acero.

Adán se detuvo y observó con detenimiento la llamada fortaleza. Debía medir unos doscientos metros de altura. La base era cuadrada y tendría unos ochenta metros por lado, sustentada en el suelo por cuatro aletas macizas que sostenían los tubos de propulsión. Iba disminuyendo hasta terminar en su cúspide en la pirámide truncada

que semejaba ser.

Con una sonrisa dibujada en los labios, Adán continuó caminando hacia lo que era llamado fortaleza y no resultó ser sino una vieja nave espacial de propulsión protoplasmática y que, sin duda, apenas en sus orígenes alcanzó la velocidad de la luz.

La gran astronave ofrecía un triste aspecto ya. Su fuselaje no brillaba como debió hacerlo en sus buenos tiempos. En muchas partes aparecía lleno de óxido. Pero aun así, según contaban los nativos, era capaz de alzarse veloz hacia más allá de la atmósfera del planeta.

Notó Adán que Lars se detenía y se volvió interrogándole con la mirada.

Lars respondió:

—Los ediles más ancianos cuentan que cuando los señores se disponen a visitar a los dioses, un ligero humo blanco anuncia la partida, saliendo de esos tubos de metal.

Adán miró las toberas. Efectivamente, de ellas partía una delgada línea de vapor. Debían darse prisa si querían penetrar en el interior de la gran astronave, antes que ésta partiera para poner a salvo a sus moradores de caer en poder de los mirdos.

Un rampa de tierra batida les conducía hasta una compuerta cerrada de la nave. Después de inspeccionarla, Adán comprendió que solamente podía abrirse desde el interior. Ante la mirada mezcla de asombro y miedo de los dos jóvenes, el terrestre sacó su pistola de la funda y efectuó tres descargas sobre el cierre. Retrocedieron ante el intenso calor. El metal adquirió un vivo color rojo.

Sin esperar a que se enfriase, Adán tomó una piedra de la rampa y golpeó el cierre repetidas veces. Luego tomó el tirador del centro y, con todas sus fuerzas, hizo que la pesada compuerta basculase hacia la derecha.

Aquello significaba ya un seguro de vida para ellos. Si los sistemas de seguridad aún funcionaban en la nave, los que estaban en su interior nunca podrían ponerla en funcionamiento, elevarla, mientras la compuerta permaneciese abierta. El peligro de un inesperado despegue, de morir calcinados por los fuegos de las toberas, había desaparecido.

Adán consideró que sería mejor no explicar a los dos nativos lo

cerca que habían estado de la muerte. Los empujó al interior, hacia la cabina de presión. La siguiente puerta fue más sencilla de abrir, saliendo a un corto pasillo.

Si quienes dirigían aquella vieja astronave estaban ultimando los preparativos para huir, no tardarían en darse cuenta de que algo anormal estaba sucediendo, al no responder los mandos automáticos debido a que existía una abertura sin cerrar.

El interior de la astronave estaba alumbrado con viejas luces directas, colocadas a distancias iguales en el techo. Algunas habían fallado hacía tiempo y nadie se había preocupado de reemplazarlas. O quizá no les quedaran ya repuestos.

Penetraron en una estancia grande. Al fondo, una puerta, que mostraba el comienzo de una cinta transportadora, hizo recordar a Adán las explicaciones de los ediles poco antes de abandonar el campamento. Por allí entregaban a los señores las vituallas. Consideró que sería un buen camino para llegar hasta el lugar que le interesaba de la astronave: el puente de mando.

Ahora la cinta no funcionaba. Sobre ella aún quedaban restos podridos de frutas y legumbres. La limpieza no debía ser una práctica usual en aquel lugar. Por todas partes se apreciaba gran cantidad de polvo y restos acumulados por el tiempo. Olía a viejo, a humedad.

Al llegar al fondo de la cinta transportadora, Adán sonrió para dar confianza a Lars y a Sirgudar.

—De modo que ésta es la famosa y temida morada de los señores. ¿Me comprendéis si os digo que no es más que una vieja nave espacial, no más grande que la que me trajo hasta este planeta? Bueno, no me refiero a la que hemos estado usando nosotros, sino a la que...

Observando la mirada llena de incomprensión de los nativos, Adán movió la cabeza, gruñó algo y dijo:

—Será mejor dejar las explicaciones para otro momento. Ahora debemos llegar hasta el puente de mando. Me hubiera gustado que me pudiérais decir cuántos son los señores que hay aquí dentro y... otras muchas cosas más.

Como había esperado, la cinta transportadora conducía a las bodegas de la nave. Allí se apiñaban toneladas de comida en grandes cámaras frigoríficas. A través de los cristales de sus puertas,

Adán comprobó que algunas no funcionaban y las carnes allí almacenadas hacía tiempo se habían podrido. Sus dueños, ya que al parecer no podían reparar las averías, se habían limitado a no utilizar aquellas cámaras, sin molestarse siquiera en sacar la podredumbre que guardaban.

Ante lo que estaba viendo, Adán se iba formando un amplio concepto de la mentalidad de los moradores de la astronave. Se figuraba que éstos, pese a disfrutar de una vieja, pero apreciable nave espacial con todas sus comodidades, no poseían más inteligencia que quienes en el exterior se preocupaban de surtirlos de comida.

Tanto los hombres de la nave como los del exterior habían estado consumando la degeneración iniciada hacía siglos, cuando cayó la Primera Era y se encontraron aislados en el planeta del resto de la galaxia.

—Los hombres del valle vecino llevaron comida a los señores hace unos veinte días —dijo Lars.

La presencia de tal cantidad de comida, que por cierto no abundaba entre ellos, le producía una extraña sensación.

Salieron de las bodegas, ascendiendo por una escalera caracol de hierro. Aunque al lado había cabinas de ascensores y montacargas, Adán se había hecho cargo con un simple vistazo de que no funcionaban.

La escalera les dejó en una estancia con penetrante olor a comida, a guisos y carne recién asada. El terrestre demandó silencio a sus acompañantes y atisbo por una puerta entreabierta. Al otro lado estaba la cocina. Algunas mujeres, excesivamente gruesas, corrían de un lado a otro de los hornos. Parecían tener prisa. Un hombre, también con exceso de carnes, les gritaba que se apresurasen, diciendo que pronto iban a partir.

Adán sonrió para sí. No se había equivocado. La astronave estaba preparando la partida y aquellas personas se dedicaban a asegurar los cacharros de la cocina para evitar que saliesen golpeados contra paredes y techos en el despegue.

—Hemos llegado en el momento oportuno, amigos —dijo a los dos jóvenes.

Lars frunció el ceño. No parecía comprenderlo todo, pero no se atrevió a hacer pregunta alguna.

Las mujeres desaparecieron por el fondo de la cocina y el hombre, resoplando, corrió hacia la puerta donde estaba Adán. El terrestre hizo una indicación a sus compañeros para que retrocedieran unos pasos. Cuando el hombre franqueaba la puerta, Adán extendió su pierna derecha. El hombre tropezó en ella y cayó pesadamente al suelo.

Gimiendo, el cocinero se revolvió. Al descubrir a Adán sus ojos se abrieron desmesurados. Antes que llegase a gritar, tenía ante su nariz el ominoso orificio de la pistola del terrestre.

—Haz silencio si no quieres convertirte en uno de tus cerdos asados —le conminó Adán.

El obeso hombre, haciendo un gran esfuerzo, logró articular:

—La señal, van a dar la señal de un momento a otro...

—¿Sí? ¿Y qué pasará entonces? —preguntó Adán divertido.

Extendiendo las manos implorante, el cocinero gimoteó:

—Si no estoy en mi litera me estrellaré contra el techo.

—Sería una pena. Ensuciarías toda la nave —respondió Adán—. No tengas miedo; la nave no partirá a los cielos.

—¿Qué estás diciendo? —Aquello parecía asustar más al hombre que la idea de morir aplastado por la partida—. Dijeron que los mirdos llegarían aquí mañana o pasado...

—Ésa es otra cuestión que más adelante arreglaré. De momento necesito que nos lleves hasta el puente de mando.

Por la expresión de ignorancia del cocinero, Adán intuyó que a aquel lugar debían conocerlo por otro nombre.

—Me refiero al sitio donde manejan toda la fortaleza, a la habitación llena de luces que gobierna esta herrumbre.

—¿Te refieres al Lugar Prohibido? —preguntó tímidamente, como si deseara equivocarse.

Adán asintió, haciendo palidecer al obeso cocinero.

—Exactamente. Vas a llevarnos hasta allí. Y procura elegir un camino libre de tus compañeros.

—Pero... ¡es imposible acercarse allí! Solamente los privilegiados tienen acceso al Lugar Prohibido.

El terrestre se impacientó. Dentro de aquel cubil temido por los hombres de los valles existía una casta dentro de otra, que infundía pavor. Agitando su arma, Adán dijo secamente:

—Este arma con la que te apunto puede achicharrarte en un

segundo, mientras que tú necesitas muchos minutos para hacer algo similar con tus asados en un horno. Podrás comprobarlo en ti mismo si me haces perder la poca paciencia que me queda.

El desdichado empezó a temblar, pero aquella reacción pareció darle inusitadas fuerzas para ayudarle a levantar su voluminosa humanidad con una agilidad increíble del suelo.

—Te seguimos —dijo Adán, apoyando el cañón de la pistola en la espalda del cocinero.

Entraron en la cocina, ahora desierta. Después de dos habitaciones más, cruzaron por una tercera. Allí parecía haber habido poco antes una orgía descomunal. Docenas de butacones, de lechos aparecían esparcidos. En profundo desorden, cientos de botellas de vino, miles de platos de plástico. Y, por todas partes, grasientos restos de comida.

Todo aquello debía saltar por el aire si la astronave hubiese despegado. De haber ocurrido así, Adán hubiera compadecido a las mujeres encargadas después de la limpieza de la estancia, pues no creía que, como con las cámaras frigoríficas, la hubiesen clausurado para siempre.

Dejaron atrás aquel lugar lleno de olores. Unos pasillos más adelante, pasaron por delante de una serie de dormitorios. Lars se atrevió a mirar en uno de ellos y volvió al lado de Adán con una mueca de desagrado dibujada en su rostro, diciendo:

—Dentro duermen la borrachera un montón de hombres y mujeres. Muchos son casi unos críos. Otros, unos ancianos.

—Los privilegiados nos matarán a todos —protestó el cocinero —. Aún estáis a tiempo de escapar. Estaréis más a salvo con los mirdos que aquí.

—Vamos, sigue adelante. Serán los privilegiados los que lamentarán nuestra presencia.

El cocinero exhaló un profundo suspiro y señaló la cabina de un ascensor.

—Tenemos que utilizar esto para llegar al Lugar Prohibido —anunció, esperanzado que ante tal perspectiva quienes le habían hecho prisionero desistiesen de sus propósitos—. No hay otro camino.

Burlándose de él, Adán sonrió y dijo:

—Me satisface encontrar un ascensor que funciona. Detesto las

escaleras.

Resignado ante la fatalidad, el hombre penetró en la cabina.

Una vez todos dentro, Adán vio que sólo existía un botón. El ascensor sólo debía tener parada en el puente de mando. Adelantándose al cocinero lo pulsó y la cabina se puso en movimiento. Mientras ascendían, a Adán le hubiera gustado saber lo que sucedía en el puente de mando.

Los señores debían estar muy extrañados de que la astronave no iniciase la partida.

El ascensor se detuvo con un seco ruido y la puerta se abrió automáticamente y en silencio. Al otro lado de la puerta transparente que tenían enfrente estaba el puente de mando: luminoso, prometedor y lleno de amenazas al mismo tiempo.

—Por favor, dejadme marchar —pidió el cocinero—. Me matarán si llegan a saber que os he traído aquí…

En respuesta, Adán colocó un contundente golpe en el grueso cuello del hombre, quien se desplomó al suelo sin pronunciar un quejido.

—Eso le dejará inconsciente por un rato —explicó a los dos jóvenes, que nunca habían visto cómo un hombre se deshacía de otro con tanta facilidad.

Se dirigieron a la puerta transparente. Ante ella, Adán revisó la carga de su pistola. Aún tenía suficiente para efectuar una media docena de disparos de regular potencia. Reduciéndola al mínimo, tendría cerca de diez. En tal posición la colocó. Pensó que no debía correr el riesgo de causar daños en el puente de mando.

Presumía que los llamados privilegiados estarían armados.

Ordenó a los jóvenes que se quedasen fuera. Yendo con él sólo resultarían un estorbo. De soslayo Adán vio cómo Lars sacaba sus puñales, dispuesto a lanzarlos. Sonrió y empujó la puerta transparente, entrando resueltamente en la estancia fuertemente iluminada.

Los hombres que allí había, yendo de un lado para otro con el nerviosismo pintado en sus rostros, le descubrieron inmediatamente.

8

Cuatro personas, cuatro privilegiados eran los que estaban en el puente de mando y se volvieron para mirar sorprendidos a Adán. A su vez, el terrestre aprovechó el instante de paralización que embargó a los cuatro hombres para estudiarlos.

Tenía frente a sí a cuatro seres humanos bien cebados, semiocultas sus facciones por la grasa acumulada en el rostro. Las túnicas púrpuras que caían hasta el suelo, cubriendo sus panzas enormes, estaban llenas de manchas, de tanto limpiarse en ellas los regordetes dedos untados en comida.

Pero si la escena podía parecer ridícula, incluso hilarante, quedaba opacada por los cinturones negros que rodeaban los abombados vientres, que sostenían largas pistolas enfundadas. Aunque de modelo muy antiguo, Adán no podía arriesgarse a creer que no funcionasen, como otras tantas cosas de la astronave.

—¿Estáis buscando el motivo por el que la astronave no asciende hasta una órbita sobre el planeta? —preguntó Adán, vigilando atentamente los movimientos de los cuatro hombres.

—¿Quién eres? —preguntó uno de los hombres adelantando un paso, mientras sus compañeros se agrupaban tras él.

—Quizá no signifiquen, para vosotros, nada mis palabras, pero os diré que soy el teniente Adán Villagran, del Orden Estelar. Procedo de la Tierra. ¿Tampoco os dice nada el nombre de la Tierra?

Por la expresión de los oponentes, debía pensar que sí. Quien primero habló, dijo:

—Sí, sabemos algo de la Tierra; pero su nombre sólo lo relacionamos con los amargos recuerdos que nos legaron nuestros padres. Antes preguntaste si sabíamos qué impide a la nave volar, que entren en funcionamiento los motores. ¿Tú lo sabes?

—Es posible. Para entrar tuve que forzar la compuerta exterior. ¿No sabíais que con ella abierta no podréis elevaros?

Los hombres se miraron entre sí, intercambiando miradas llenas de pavor.

—¿Has dejado abierta la compuerta? ¿No sabes que los mirdos están a punto de llegar y que pueden penetrar por ella?

—Mucho les gustaría hacerlo para acabar con todos vosotros, ratas infladas —escupió Adán—. Pero no temáis. No alcanzarán estos lugares hasta mañana, cuando hayan hecho prisioneros a todos los hombres y mujeres de los valles para hacerlos sus esclavos. ¿Comprendéis? Los mirdos se llevarán a todo el mundo, no dejarán a nadie para que cultive los campos y os entregue alimentos con los que llenar vuestros grandes estómagos. Moriréis de hambre.

—¡Bah! Estás diciendo tonterías —rió uno de los privilegiados—. Era yo joven cuando ocurrió la última invasión. Los mirdos se limitan a llevarse unos centenares de esclavos. Siempre quedan los suficientes para reconstruir los poblados y sembrar nuevas cosechas. Mientras tanto, nosotros tenemos suficiente comida.

—Esta vez será diferente. No quedará nadie vivo. Vosotros podéis ascender, como siempre lo habéis hecho, a unos miles de kilómetros sobre la superficie, esperar unos días y luego regresar. Pero ya entonces no habrá nadie que os tema y os alimente porque os crea portadores de la voluntad de los dioses. Estaréis solos. No sabéis nada de cultivar la tierra y moriréis de hambre irremisiblemente.

—Ese hombre está loco —protestó uno de ellos—. No sé de dónde viene, pero no le hagamos caso, compañeros. Olvidemos lo que dice. Aunque hable con la verdad, lo importante ahora es alejarnos del peligro.

—Aún podéis salvaros —dijo Adán.

—¿Cómo?

—Estoy seguro de que esta nave dispone de medios para destruir a los ejércitos mirdos.

Adán caminó, sin dejar de apuntar con su arma a los privilegiados, hasta el panel que había descubierto mientras hablaba. Aunque de un modelo muy antiguo, era indudable que servía para disparar diminutos cohetes, pero de gran potencia, que

dirigidos convenientemente cayesen sobre las huestes de invasores. Y por los gráficos que veía, los silos de la astronave estaban llenos. Milagrosamente, aquellos salvajes no parecían haber dañado los controles ni inutilizado los proyectiles.

—Nada de lo que hay aquí dentro funciona… o no sabemos cómo hacerlo —dijo el primer privilegiado que se había dirigido a Adán.

El terrestre se volvió incrédulo.

—¿Quieres hacerme creer que sí podéis poner en órbita esta astronave y no otra cosa? —preguntó.

—Exactamente —asintió su interlocutor—. Con esa palanca roja ponemos en funcionamiento todo el dispositivo necesario para que la astronave despegue y, durante diez días, permanezca en el espacio. Después de ese tiempo, regresa automáticamente. Nuestros antepasados sólo sabían hacer esto y nada más nos dijeron.

—Mi compañero tiene razón —dijo otro privilegiado. Todos los demás mandos están bloqueados.

Adán quiso verificar aquellas palabras y movió un simple mando que debía encender una pantalla de televisión. Nada ocurrió. Apretó otros botones —cuyo cometido era iniciar el contaje para una partida hacia las estrellas y no para alcanzar una órbita— y obtuvo el mismo resultado negativo.

—Debe existir un interruptor maestro que anula todas las demás funciones del puente de mando —musitó Adán—. Tal vez vuestros antepasados lo arreglaron así para evitar salir del planeta, donde vivían en la opulencia a costa de sus semejantes. Quizá por aquel entonces en la galaxia había guerra, se desmoronaba el Gran Imperio y tenían miedo de caer en la hoguera atómica que consumió la Primera Era.

»Pero ahora es preciso que utilicemos los medios de esta astronave para castigar definitivamente a los mirdos, para que nunca, o al menos por muchos años, vuelvan a salir de sus hielos del norte.

Adán recorría el puente ansiosamente. Se detuvo ante una pequeña puerta cerrada, una alacena. El cierre era sencillo para un hombre como él acostumbrado a la técnica, pero imposible de abrir para los ignorantes privilegiados. Dentro, una palanca roja desconectaba el puente de mando.

El terrestre bajó la palanca y comenzó una danza ininterrumpida de luces a recorrer los grandes paneles de mandos. Los individuos obesos retrocedieron, asustados. Adán se rió de ellos y regresó al salpicadero desde donde podía disparar los cohetes teledirigidos. Frente a él se había encendido una gran pantalla visora. Mediante los dispositivos de detección, podría localizar fácilmente a los contingentes mirdos. Aunque no todos iban a morir, los supervivientes serían fácilmente abatidos por los grupos armados de campesinos.

Pero antes que nada, Adán distinguió un dispositivo de señal magnética. Debía ser de gran potencia. Gracias a ella sus compañeros del Hermes, si aún seguían buscándole, le encontrarían en pocos minutos.

—Ahora veréis cómo acabo con los mirdos —dijo Adán, dirigiéndose a los privilegiados—. Y, al mismo tiempo, con toda esta gran mentira que ensombrece al planeta. Los campesinos nunca más os temerán. Tendréis que salir de esta fortaleza, uniros a ellos para labrar la tierra si queréis comer. Se acabó el temor a los señores, y a las invasiones del norte.

Las manos de Adán actuaron vertiginosamente sobre los mandos. Sus dedos pulsaban decididos diversos botones, mientras en las entrañas de la nave, de los silos, salían rítmicamente docenas de proyectiles que iban entrando en las lanzaderas.

El terrestre ya había localizado a los tres cuerpos de ejército mirdo, que avanzaban hacia los montes donde se refugiaban los pobladores de los valles.

Los cerebros positrónicos de los proyectiles ya conocían cuál tenía que ser su cometido. No fallarían. La vieja técnica de la Primera Era, utilizada por el saber de un miembro nacido cientos de años después, iba a acabar para siempre con la amenaza que constantemente se había cernido sobre un pueblo desdichado.

Con una sonrisa en los labios, Adán pulsó el botón que ordenaba la salida de los proyectiles. Satisfecho con su labor, se retiró unos pasos, observando por la pantalla, ahora servida por el visor colocado en el proyectil de vanguardia, cómo kilómetros de terreno pasaban imaginariamente bajo él. Pronto los mirdos serían alcanzados y aniquilados.

Iba a volverse Adán triunfante hacia los privilegiados para

anunciarles el feliz resultado de su gestión ante las viejas máquinas, cuando el que parecía tener más autoridad de los cuatro dijo, al tiempo que empezaba a desenfundar su larga pistola:

—Te agradecemos vivamente que nos hayas librado para siempre de los molestos mirdos, hombre de la Tierra. Pero, sinceramente, no lamentamos tener que matarte. Gracias por brindarnos la oportunidad de escapar de este mundo asqueroso. En realidad, nuestros antepasados nunca supieron cómo huir definitivamente de aquí. Nosotros lo conseguiremos al fin.

Adán se llamó estúpido por haberse confiado. Tuvo que enfundar su arma para manipular en los botones. Ahora ya no tenía tiempo suficiente para defenderse.

El hombre que le apuntaba sonreía pletórico de satisfacción, saboreando la muerte que iba a dar al terrestre. Sus compañeros estaban tan seguros que así sería que ni siquiera habían empuñado sus respectivas armas.

—Nunca pudimos encontrar el interruptor maestro, terrestre. Quizá nos cueste, pero te aseguro que regresaremos a los mundos civilizados. Tardaremos años tal vez, pero eso no importa. Mientras tanto, esos estúpidos de los valles nos alimentarán. Nuestro aprendizaje para viajar a las estrellas no nos creará dificultades —dijo el privilegiado.

—No escaparéis si me matáis. El Orden os atrapará.

—No seas estúpido. No ocurrirá tal cosa. En el peor de los casos, si nos es imposible aprender a manejar la astronave, siempre nos quedará la posibilidad de seguir viviendo aquí.

—Medrando a costa de esos desdichados, ¿no?

—Así es. Ahora morirás.

El hombre levantó su arma y apuntó cuidadosamente al pecho de Adán. La distancia era corta y el disparo resultaría mortal.

Entonces el aire fue cruzado por un relámpago y en el pecho de quien iba a asesinar a Adán apareció la empuñadura de uno de los cuchillos de Lars.

El joven nativo apareció junto a la entrada del puente de mando. En su diestra ya tenía otro cuchillo, el que, después de apuntar un breve segundo, lanzó contra otro de los hombres obesos. Esta vez las grandes masas humanas no estaban quietas, y el acero se clavó poderosamente en un hombro. Pero Adán ya había ganado el

mínimo instante que precisaba para actuar.

En su mano derecha apareció la pistola, y la disparó furiosamente contra los dos restantes enemigos.

Mientras un nuevo cuchillo de Lars remataba al hombre herido por él, Adán achicharraba al tercero de los privilegiados. El cuarto se refugió detrás de un bloque de mandos, haciendo fuego contra el terrestre.

Mientras se tiraba al suelo, Adán efectuó seis disparos más. Las potentes descargas energéticas eclosionaron en el lugar que ocupaba el superviviente privilegiado, consumiéndole en una hoguera que sólo duró unos segundos, pero que fue suficiente para convertirlo en una estatua negra y pestilente.

Adán había tenido que actuar precipitadamente, sin detenerse a pensar dónde podían dar sus disparos. Ahora verificó que algunas de sus descargas habían tocado elementos sensibles del puente de mando.

Comprendió que aquella estancia se convertiría en breves minutos en un infierno. Las instalaciones conductoras de energía se habían incendiado y algunos metales blandos comenzaban a fundirse. El calor empezaba a hacerse insoportable. Comprobó que ninguno de los privilegiados vivía. No hubiera dejado allí a alguno de ellos si estuviese herido. Sus propósitos no eran los de matar a aquellas personas.

Gritó a Lars que saliese de la estancia. Se reunieron fuera de ella con Sirgudar y Adán apretó el mando que cerraba la puerta transparente primero y luego otra más pesada de acero.

Junto a la entrada localizó un micrófono. Con él podía hablar a la gente que aún debía esperar pacientemente que la fortaleza ascendiese a los cielos para librarse del peligro mirdo.

—Escuchadme, hombres de la fortaleza —dijo Adán por el micrófono—. Os hablo desde el Lugar Prohibido. Abandonad la nave. Ha estallado un incendio que pronto sera dueño de toda el lugar. Encontraréis la compuerta principal abierta. Huid a los valles del sur. Allí estaréis a salvo de los mirdos.

Colgó el micrófono en su alojamiento. No podía estar seguro si todas las personas de la fortaleza le habían escuchado y, posteriormente, si le harían caso. Pero había cumplido con su deber. No podía hacer más.

—Muchos estarán durmiendo la borrachera —dijo Lars, recordando los dormitorios llenos de gente, sumida aún en los vapores del alcohol de la orgía pasada.

—Ése será su problema —masculló Adán. Le disgustaba que la astronave se destruyese. Hubiera sido aprovechable para los campesinos.

Entonces Adán se percató de un dispositivo colocado al lado del comunicador. Leyó las instrucciones y lo activó con una sonrisa en los labios. La astronave, la fortaleza, nunca más saldría al espacio, pero aún podía servir como fuente de conocimientos para las futuras generaciones del planeta.

—¿Qué haces ahora? —preguntó Sirgudar, mirando a Adán. El calor era cada vez mayor. La puerta del puente de mando pronto estaría al rojo vivo.

—Atajo el fuego —sonrió Adán—. Debí suponer que esta vieja nave poseería algún mecanismo contra incendios. En estos momentos el aire encerrado dentro del puente está siendo extraído. El fuego se extinguirá pronto. Vamos. Ya podemos marcharnos.

Entraron en el ascensor. Allí, el cocinero seguía inconsciente. Bajaron.

Adán volvió a cerrar la puerta del ascensor apenas la abrió. El tumulto que reinaba en pasillos, niveles y estancias de la astronave era enorme. Sus habitantes, impelidos por el pánico que les produjeron sus palabras, corrían hacia la salida.

Permanecieron allí unos minutos. Cuando consideraron que el camino estaría despejado, se dirigieron a la compuerta. Al salir al exterior se dieron cuenta de que allí el aire era más puro, pues el que habían estado respirando dentro de la astronave estaba viciado, lleno de olores desagradables.

—Mira cómo corren esos condenados —gritó Lars, señalando los últimos grupos de señores, que corrían ladera abajo del monte.

Adán los miró y dijo a Lars:

—Deseo que los tuyos no los castiguen. Sufrirán bastante con tener que trabajar para poder alimentarse. Dadles tierra para que cultiven, que comprendan el esfuerzo que habéis estado realizando hasta la fecha por ellos.

Lars se volvió hacia Adán.

—Hablas como si el peligro mirdo ya no existiese —dijo.

El terrestre le dedicó una amplia sonrisa.

—Estoy seguro de que la mayor parte de los mirdos murieron bajo la acción de los proyectiles que les envié. Si tus compañeros cumplen con lo que les ordené, Lars, apenas un centenar de los invasores podrá alcanzar sus barcos y regresar al norte. Lo que allí cuenten impedirá que durante cien años o más piensen en volver al sur. Pero para entonces ya podréis defenderos con eficacia por vosotros mismos. O tal vez...

—¿Qué, Adán? —preguntó Sirgudar, tomando por el brazo a Lars.

—Tal vez regresemos para ayudaros a salir de la miseria en que vivís. Pero eso ya no depende de mí. Mis superiores deberán decidir.

—Nos gustaría que regresaras algún día.

Se oyó un sonido agudo y todos levantaron la cabeza. Estaban cerca de la pequeña nave de exploración de Adán. Otra, de mayor tamaño, se acercaba a ellos.

Adán no pudo reprimir una exclamación de alivio. El temor de quedarse en aquel planeta había desaparecido.

—Vienen a por mí. Son mis compañeros —explicó.

El aparato de rescate tomó tierra suavemente a unos veinte metros de ellos. El alférez Koritz saltó al suelo el primero. Dos soldados más, con las armas preparadas, le siguieron. Adán salió al encuentro del alférez, quien después de saludarle reglamentariamente, no pudo reprimir su alegría y le abrazó.

Cuando se separaron, Koritz dijo:

—Temíamos no volver a verle, teniente.

—Más lo temía yo, alférez. Hace ya más de veinticuatro horas que el Hermes debió haberse alejado de este sistema planetario. ¿Porqué desobedecieron las reglas?

Koritz emitió una risita y dijo:

—La comandante Cooper estaba fuera de sí. Juraba que sólo volvería a la base con usted, ya fuera vivo o muerto. Supongo que se alegrará de que le hemos hallado sano y salvo.

Adán sintió una extraña emoción al escuchar aquellas palabras.

—La señal magnética de su nave de exploración apenas si podía ayudarnos para establecer su posición. Cuando creíamos tenerla, cambió de lugar y nos volvió locos. Hace poco localizamos otra

mayor. —Mirando la vieja astronave con interés, preguntó—: ¿Qué hace aquí esta pieza de museo, teniente?

—Es muy largo de contar, alférez. Me temo que el informe que deba presentar a la comandante va a ser bastante extenso. Ya se enterarán de todo.

—Mientras volábamos hacia aquí pensamos que esta gente vivía en estado salvaje. Por ello nos sorprendió mucho descubrir potentes explosiones en tres puntos, a unos cincuenta kilómetros al norte.

Interesado, Adán preguntó:

—¿Qué vieron, teniente?

—Unas docenas de explosiones destrozaron tres fuertes contingentes de tropas a caballo. Ahora los supervivientes deben estar siendo aniquilados por hombres armados de mil formas. ¿Qué está pasando aquí?

En aquel momento Adán se estaba dando cuenta de la magnitud de la aventura que había corrido, de los peligros desafiados. Pero no todo había sido en vano.

Discutió con el alférez algunos detalles. Un piloto se haría cargo de su nave, que seguiría a la de rescate por el espacio hasta el Hermes. Luego comprendió que había llegado el instante de la despedida. Regresó junto a los jóvenes nativos. Tomando las manos de éstos, les dijo:

—El destino me trajo hasta vosotros, amigos. Espero que mi estancia aquí haya sido beneficiosa para vuestro futuro. Tenéis por delante un porvenir no tan negro como el que encontré al llegar. Dentro de la vieja fortaleza de los señores, encontraréis muchas cosas sobre las que estudiar y aprender. Esa vieja nave ya no os servirá para viajar a las estrellas, pero sí para ser un poco mejores. Recordad que algún día mis compañeros o yo regresaremos. Y ese día será bueno para vosotros.

Lars le estrechó la mano con fuerza y Sirgudar, en un impulso, le abrazó y besó.

* * *

Más tarde, cuando estaba a bordo de la nave de rescate, sentado junto a una ventanilla y a punto de dejar aquel planeta seguramente para siempre, dedicó aquellos últimos segundos para mirar las dos figuras amigas, que le agitaban el brazo en señal de despedida. Adán quería fijar en su retina aquella imagen.

—¿Buenos amigos? —preguntó Koritz.

Sólo cuando la nave partió y rápidamente la escena quedó tan difuminada por la distancia que desapareció, Adán dijo:

—Muy buenos amigos.

Quiso olvidar aquellas horas de intensa emoción vividas en el planeta. Nativos, Sirgudar, Lars, mirdos y señores pasaron vertiginosamente por su imaginación. Habían sido cerca de dos días, y bien aprovechados.

Pero ahora debía pensar en el regreso. ¿Qué le diría Alice respecto a todo?

Sonrió al pensar en ella. La idea de que estuvo a punto de quedar abandonado en aquel mundo salvaje, aún tuvo el poder de hacerle estremecer.

Pero ahora estaba con los suyos. Con Alice.

9

El alférez Koritz entró en el camarote de Adán y le encontró terminándose de vestir con ropa limpia.

—Nunca le había visto con barba de dos días, teniente —dijo el alférez.

Adán sonrió.

—Si llega a tardar más en rescatarme, Koritz, me hubiera encontrado con una frondosa barba —dijo, mientras se pasaba la mano por las mejillas, recién rasuradas.

—La comandante desea verle.

—¿Hemos partido ya?

—Hace unos veinte minutos que entramos en velocidad supralumínica. Dentro de dos días, al fin, estaremos en la base de Vega-Lira. ¿Es cierto que nos deja, teniente?

El rostro de Adán se ensombreció.

—Sí, así es.

—No lo comprendo. Siempre creí que le gustaba este destino. ¿Cuál va a solicitar?

Adán prefirió no contestar. Se encogió de hombros.

—Los oficiales, tripulantes y tropa estamos encantados con la comandante —siguió diciendo Koritz—. ¿Puedo preguntarle por qué usted no?

—Yo no he dicho que ella me desagrade —respondió, molesto, Adán, mientras terminaba de ajustarse el cinturón de plata.

—Pero lo ha pensado. Disculpe, pero no corresponde usted a la preocupación que ella ha sentido mientras le creíamos perdido.

Salieron del camarote. Mientras la cinta del pasillo les conducía hasta el despacho de la comandante, Adán dijo:

—Antes de llegar a enfrentarnos con la unidad automática de Betelgeuse ya había dicho a la comandante que solicitaría al Alto

Mando un nuevo destino. Lo ocurrido no tiene por qué alterar mis proyectos.

Habían llegado hasta la puerta del despacho de la jefa del Hermes y Koritz se despidió de Adán. Éste, después de dudarlo un poco, pulsó el llamador. Desde el interior le franquearon la entrada.

Alice Cooper estaba sentada detrás de su mesa de trabajo. Al entrar Adán levantó la mirada de unas esferas de registro que estaban pasando por el lector. Por un instante, el teniente vio —o creyó ver— que ella sonreía complacida ante su presencia. Pero en seguida el rostro de la mujer recobró su normal indiferencia.

—Siéntese, teniente —dijo Alice, después de responder a su saludo militar.

Mientras lo hacía, Adán explicó:

—No he tenido tiempo de redactar el informe escrito, comandante. Apenas si acabo de terminar con mi aseo.

—Ya repasé su informe oral, teniente, lo que grabó mientras regresaba al Hermes en la nave de rescate del alférez Koritz. Supongo que se aproximará bastante al que piensa escribir, según la fórmula clásica, ¿no? —Alice había estado jugando con las esferas de grabación.

—Espero que sí. En lo grabado está lo sustancial.

Por un largo instante, al menos así se lo pareció a Adán, Alice meditó profundamente. Al cabo, dijo:

—¿Ha pensado en que su estancia de cerca de cuarenta y ocho horas en un planeta clasificado como prohibido por el Alto Mando del Orden le hace merecedor de un castigo?

—Cuando me aproximaba a ese planeta una media esfera explosiva de tiempo, procedente de la unidad autornática de Betelgeuse, que posiblemente me siguió desde que partí del Hermes, me obligó a tomar tierra. Eso lo explico en el registro.

—Sí, lo escuché. Desde aquí mismo sugerimos la conveniencia de que usted aterrizara para deshacerse de ella. Pero no debió alejarse de la unidad de inspección, interferir en los asuntos indígenas ni arriesgarse a quedarse en aquel mundo salvaje para siempre queriendo ayudar a los habitantes de los valles.

—Pero...

—Escúcheme, teniente. El Orden no puede intervenir en los asuntos de los Mundos Olvidados y, mucho menos, en los que están

clasificados como prohibidos. La galaxia es grande y nuestra tarea demasiado extensa para que podamos permitirnos el lujo de obrar por nuestra cuenta. Sólo podemos seguir las indicaciones precisas emitidas por el Alto Mando, reguladas por las computadoras. Si no queremos convertir nuestra labor en anárquica, debemos someternos a ciertos dictámenes.

—Aquella pobre gente no solamente estaba siendo explotada por un grupo de bribones, sino que periódicamente sufría invasiones de guerreros del norte —masculló Adán—. No podía permitir que tal situación continuase cuando yo me hubiese marchado. Decidí ayudar y lo hice. Tuve éxito, como habrá escuchado en mi informe.

Alice miró con asombro a Adán.

—Solamente los comandantes de Unidades Exploradoras podemos llevar a cabo alguna iniciativa, pero siempre que ésta no se salga de un margen de tolerancia dentro de las directrices dadas por el Alto Mando.

Adán se mordió los labios.

—Tiene razón, comandante. Olvidé por un momento que soy un subordinado suyo, que usted es quien gobierna el Hermes. En la República de Aratcelon la crisis quedó resuelta, pero allí fue usted quien llevó el asunto. Era lo correcto. Yo sólo actúe como su ayudante.

Alice entornó los ojos. Suavemente, dijo:

—Lo siento, Adán. Quería ayudarle y estoy haciendo todo lo contrario. He dicho cosas distintas a las que me había propuesto. Lo que nos ocurre es algo insólito. Yo también he quebrantado las ordenanzas. Di órdenes de sólo veinticuatro horas de estancia en aquel sistema planetario y estuvimos el doble sólo por buscarle. Mi deber era haberle dejado abandonado al cumplirse el plazo.

»En cuanto al informe, le ruego que no confeccione el escrito. No debemos presentar nada al Alto Mando. Borraremos de los registros nuestra detención aquí. Sólo hablaremos del incidente que hemos tenido con la vieja unidad automática de Betelgeuse y daremos la información de que los planetas están deshabitados excepto uno, donde los nativos viven en estado salvaje.

Adán se sintió vivamente sorprendido por aquellas palabras. Nunca hubiera esperado semejante cosa de la disciplinada comandante.

—¿Por qué hace esto por mí, comandante?

Ella le miró furiosa, como si le doliese descubrir su debilidad.

—Adán Villagran, has creado un grueso muro entre nosotros. Tu vanidad te impide llegar hasta mí. No solamente eres orgulloso, sino un verdadero tonto. Todos tus esfuerzos están encaminados, aunque no lo creas, a destruir nuestra tímida amistad actual que más adelante, si abandonaras tu excesivo amor propio, podría llegar a...

Alice se calló. Había hablado demasiado.

—¿Quiere decir que...? —empezó preguntando él, para sentirse sin fuerzas para terminar la frase.

—Eres incorregible. Vuelves a hablarme de usted —suspiró Alice, y añadió—: Está bien. Será como quieras. Volveré a ser la comandante del Hermes; pero por última vez te diré que pareces pertenecer al más salvaje de los Mundos Olvidados si continúas pensando que, porque nunca has oído hablar de que un oficial femenino del Orden haya formalizado contrato marital con uno de inferior categoría masculino, esto es algo que es imposible de realizar entre tú y... Entre tú y...

La mujer soltó un soplido y se pasó la mano por los ojos. Recomponiendo su figura y sin poder mirar directamente a Adán, agregó:

—Le suplico que olvide por ahora todo esto, teniente. Me he dejado llevar por mis nervios... o mis sentimientos. ¿Está de acuerdo en olvidar su aventura en aquel planeta?

Adán recordó a Lars y a Sirgudar. Ellos podrían esperar unos años. Quizás el Orden, por su propia iniciativa, no tardaría mucho en llegar hasta ellos dispuesto a brindar toda su ayuda a los nativos.

—Creo que será lo mejor —respondió Adán.

—Gracias. También a mí me hará un favor. Me evito tener que dar demasiadas explicaciones a causa de mi demora en partir. Ahora pasemos al otro asunto. Es más importante, quizá.

Adán arrugó el ceño. ¿Qué se proponía Alice?

—Usted lleva un año más que yo de servicio en el Orden, Adán. Salió de la Academia unos meses antes de que yo lo hiciera. Usted posee el grado de teniente, mientras que a mí me otorgaron el de comandante y me confiaron una nave: ésta.

Al regresar a aquel tema, Adán volvió a sentirse disminuido en

su personalidad. Alice lo advirtió y se apresuró a explicar:

—Por favor, no empecemos otra vez. Quiero decirle que, aunque los encargados de otorgar los grados no son hombres, sino máquinas, también éstas pueden sufrir equivocaciones.

—No entiendo…

—Es simple. Con usted —sonrió Alice al darse cuenta que de nuevo había olvidado el tuteo con Adán— han debido de cometer una equivocación. Las computadoras no le dieron el grado que le correspondía. Posee cualidades para ser más que un simple teniente.

—Las computadoras nunca se equivocan en sus dictámenes. Yo sólo puedo ascender por méritos en combate. Por eso deseo ir a los frentes que el Orden sostiene en…

—Olvídese de la guerra contra esos rebeldes, Adán. ¿Es que olvida lo que ha hecho para ayudar a esos hombres de los valles? Un vulgar teniente no habría tenido la capacidad que usted ha desarrollado. Usted, y no pretendo halagarle, lleva en sí las dotes de un alto jefe.

Adán estudió a Alice. Sus conclusiones, después de observarla, le dijeron que ella estaba completamente segura de lo que afirmaba. ¿Dónde pretendía llegar?

Ante el silencio del teniente, Alice concluyó:

—Por lo tanto, no admito su solicitud de pedir el traslado. En la base de Vega-Lira, emitiré un informe en el cual pediré que usted sea enviado a la Tierra, donde deberán someterle a un nuevo examen.

—Es… algo irregular…

—No. He consultado los archivos y se han dado algunos antecedentes.

—¿Cuántos?

Ella dudó un poco en responder:

—Tres en veinte años.

Adán sonrió un poco decepcionado. No creía en la suerte de una equivocación en las máquinas que le juzgaron. Se levantó y dijo:

—Gracias por querer ayudarme, comandante. Me parece que la única solución que tengo para derribar ese muro que, según dice, pretendo inconscientemente levantar entre nosotros, es ir al frente.

—Podrá luchar contra los rebeldes después de pasar un nuevo examen —dijo ella con firmeza.

Sonriendo, Adán respondió, mientras se dirigía a la salida:

—Lo haré por complacerla. Ha sido muy amable intentando todo esto por...

—¿Por qué?

—No lo sé ciertamente. Quizá porque el equipo que posee actualmente en el Hermes le complace y desea conservarlo íntegro.

Alice golpeó irritada la mesa, se levantó y alcanzó a Adán junto a la puerta. Acercándose a él, le miró llena de rabia y, antes de realizar un acto que iba a sorprender al teniente, dijo:

—¿Cómo podré convencerle que no deseo ayudarle a usted solamente, sino a mí misma también? ¡Oh, me está contagiando su orgullo..., pero quiero demostrarle cómo se puede vencer!

Y la sorpresa se produjo cuando ella, rodeándole el cuello con los brazos, le besó. Sólo necesitó un segundo Adán para olvidarse de las ordenanzas, correspondiendo con redoblados esfuerzos al beso.

FIN